

OLGA SALAR



**Amor sin
instrucciones
de uso**

OLGA SALAR

Amor sin
instrucciones
de uso

Sin instrucciones de uso.

©1ª Edición. Julio 2019.

©Olga Salar.

www.olgasalar.com

©Corrección: Anabel Botella.

©Diseño de portada y maquetación: Munyx Design.

hola@munyxdesign.com

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras obras de la autora](#)

A mi padre por acompañarme siempre...
A Aitana, Daniela y Cloe, por ser mi alegría.

*Me paseo con gusto entre esa oscuridad que supone la rivalidad de una
mujer y un libro.*

André Breton.

La rivalidad es una cosa buena para los mortales.

Hesíodo.

Prólogo

Erik abrió la puerta de la casa de su amigo y vecino, y entró sin siquiera encender las luces. Las casas de la urbanización en que vivían estaban distribuidas del mismo modo, por lo que conocía al dedillo donde se encontraba cada pared o pasillo.

Se había pasado todo el día escribiendo, por lo que apenas había tenido tiempo para nada más. No obstante, su promesa de regarle las plantas a Pablo se había impuesto a su cansancio y al hambre que sentía, y se había obligado a cumplirla antes de quedarse dormido frente al teclado.

Siguió por el pasillo y se detuvo abruptamente al ver que había una luz encendida en el salón. Desconcertado, ya que Pablo le había dicho que no llegaría hasta el domingo, entró y se quedó petrificado en la puerta de la entrada.

Tendida en el sofá, durmiendo, había una mujer.

Erik había visto desfilar por casa de su amigo a infinidad de mujeres. La mayoría, famosas y despampanantes, pero la chica del sofá parecía estar hecha de otra pasta. No porque no fuera bella, que lo era. Sus piernas eran increíbles. Erik daba las gracias a la suerte que había hecho que su falda se subiera lo justo para mostrárselas.

No obstante, emanaba de ella un halo de serenidad que lo perturbaba más de lo esperado, tanto, que tardó unos segundos en reaccionar, aunque finalmente sacó el móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros y buscó entre sus contactos el número de Pablo Duarte.

Su amigo descolgó al tercer tono:

—Erik, me pillas en un mal momento, ¿es urgente? —preguntó este.

De fondo se escuchaba el sonido de música y de gente hablando, por lo que dedujo que debía de estar en alguna fiesta de promoción.

—Lo cierto es que sí —susurró preocupado por despertar a la bella durmiente.

—Dame un segundo.

Erik escuchó cómo Pablo se disculpaba con alguien y tras varios segundos de silencio en la línea el sonido de fondo se disipó.

—¿Qué sucede? —preguntó cuando estuvo lo suficientemente lejos como para hablar con tranquilidad.

—He ido a tu casa a regar las plantas, tal y como me pediste, y me he topado con que hay una mujer durmiendo en tu sofá.

—Ya veo —comentó con tanta calma que Erik dudó que le hubiera entendido—, ¿Cómo es?

Erik observó a la mujer.

—Guapa, esbelta...

—Eso ayuda poco. La mayoría de mis amigas son tal y como la describes.

—Tiene los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

Pablo guardó silencio al otro lado de la línea, ¿cómo podía saberlo si estaba durmiendo?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los estoy viendo ahora mismo.

—¿Se ha despertado?

Erik bajó el tono de su voz.

—Solo un segundo.

—¿Qué más me puedes decir de ella? —insistió. Después de todo había una mujer en su casa y Pablo estaba seguro de no haberle dado la llave a ninguna.

—Es pelirroja.

—¿Pelirroja?

—Sí. Te lo acabo de decir, no me digas que todas tus amigas tienen el cabello de ese color o te cuelgo.

—No. ¡Déjala dormir!

—¿Porque es guapa? ¿O por qué es pelirroja?

Escuchó a Pablo reír al otro lado de la línea.

—No soy tan facilón —dijo riendo—, es porque si es guapa, pelirroja y tiene los ojos bonitos no hay duda de que es mi hermana.

Alex estaba teniendo un sueño maravilloso del que se negaba a despertar. Estaba tan cansada del viaje que se había quedado dormida en el sofá de su hermano, a pesar de que su propia casa estaba a solo cien metros más allá.

El problema era que su hogar llevaba tres años deshabitado, el mismo tiempo que había estado viviendo en París, y Alex no tenía intención de cruzar el umbral de su casa hasta que esta hubiera sido fumigada y debidamente limpiada. Alex era una mujer valiente y decidida, capaz de enfrentar cualquier problema con determinación y valentía, no obstante, su arrojo desaparecía cuando se trataba de insectos, a grosso modo, fueran cuales fueran. Nunca hacía distinciones en ese campo.

Por ese motivo, el de los posibles invitados no deseados en su hogar, había invadido el domicilio fraternal, y allí estaba teniendo un maravilloso sueño con un guapísimo desconocido como protagonista.

El desconocido era tan atractivo que, si todavía lo recordaba cuando se despertase, iba a convertirlo en el protagonista de su nueva novela, un asesino en serie tan guapo sería capaz de sorprender a cualquier lector, por muy listo que este fuera.

Pero ya lo pensaría cuando se despertara.

Capítulo 1

Tras una semana de okupa en casa de su hermano, Alex por fin podía entrar en la suya sin temor a ser devorada por los supuestos insectos que la habían invadido mientras ella había estado viviendo en París. Aun así, a pesar de la fumigación previa, pasó con cierto temor. Estar de regreso implicaba demasiados cambios que iba a tener que comenzar a asumir.

El primero de ellos acababa de superarlo: estaba de regreso en Londres, de nuevo cerca de sus padres y de su hermano y, cómo no, de todo lo que había tratado de evitar mudándose a París. No obstante, el cambio de editorial la había empujado a regresar y, aunque era una persona que no solía amilanarse por nada, una parte de ella no podía evitar sentirse nerviosa.

El segundo cambio era el que la había ilusionado lo suficiente como para plantearse regresar. Tras convertirse en una escritora valorada y exitosa de novela negra, la mayor editorial del género acababa de contratarla para que escribiera una serie con ellos. La única petición era que estuviera ambientada en Londres.

Tras darle muchas vueltas a sus opciones, Alex había decidido regresar con la intención de ambientar su trabajo en el Londres victoriano. Era la primera vez que se planteaba escribir una novela con trasfondo histórico, pero la idea la había emocionado tanto que casi sin darse cuenta ya tenía el guion para las dos primeras novelas.

Esa iba a ser la primera vez que Scarlett Payne, la escritora misteriosa de la que todo el mundo hablaba, iba a salir de su zona de confort y a aventurarse en un proyecto tan fascinante que la había empujado a regresar a la ciudad de la que había huido tres años antes, cuando la persona en quien más confiaba la había traicionado.

—¿Alexa? ¿Se puede pasar? —preguntó Pablo en la puerta de entrada.

Alex dejó de lado sus pensamientos y salió al encuentro de su hermano. Él era la única persona que la llamaba Alexa, ni siquiera su madre la llamaba de ese modo, para ella era Alejandra, nada de anglicismos ni de diminutivos. Borró los pensamientos sobre su madre, a la que había estado evitando desde que regresó y fijó su atención en su hermano. Pablo estaba de pie con su sonrisa traviesa, la misma que lo había encumbrado a la fama; el cabello negro y rizado, que solo él había heredado de su madre española, y sus ojos del mismo verde azulados que los de su hermana melliza, brillando divertidos.

—Pasa.

—¿Estás segura? ¿No hay restos de la masacre a la vista? Ya sabes que tengo el estómago delicado —siguió burlándose de su hermana. Después de todo el haber nacido siete minutos antes que ella le otorgaba cierto poder como el hermano mayor que era.

—Muy gracioso. Pero al mismo tiempo que contraté a un fumigador hice lo propio con un servicio de limpieza. No hay cadáveres a la vista.

—¡Maravilloso! —anunció entrando en la casa y, tras cruzar los diez metros que separaban la entrada del salón, se dejó caer con cierto encanto en el sofá.

—¿No tienes trabajo? —preguntó Alex sentándose con él.

—Tengo mucho trabajo, pero como soy un buen hermano he decidido aparcarlo para ayudarte con la mudanza.

Ella arqueó con desconfianza una ceja y lo observó en silencio.

—¿Tantas ganas tienes de que me marche de tu casa?

Pablo se sintió pillado, pero como el buen actor que era recuperó su expresión neutra y trató de encandilar a su hermana con palabras bonitas.

—Por supuesto que no. Lo único que me interesa es tu bienestar.

—¡Ja!

—Te lo digo completamente en serio.

—¿No tiene nada que ver el que mi presencia en tu casa haya acabado con tu vida... romántica? —aventuró Alex.

Pablo le lanzó una mirada furibunda.

—De acuerdo, supongo que esa parte también ha tomado peso en mi

decisión de ayudarte.

—Acepto tu ayuda —dijo ella saltando del sofá y poniéndose de pie—, pero no la necesito para mudarme. En tu casa apenas hay dos maletas; la mayoría de mis cosas de París llegarán esta tarde. Lo que necesito es tu ayuda para encontrar un asistente.

Esta vez fue Pablo quien saltó del sofá.

—¿Cómo dices?

Ella se encogió de hombros.

—Necesito un asistente.

—¿Estás segura de eso?

Asintió con la cabeza.

—Solo tengo una petición: debe ser una mujer.

Fue la ocasión de Pablo para asentir.

—Creo que es lo más inteligente. ¿Y cómo pretendes que te la consiga? No tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo.

—Tú no, idiota. Habla con tu representante, estoy segura de que ella sabrá dónde puedo conseguir un asistente.

—Michelle no es muy de fiar para esa tarea. Lo único que tiene en cuenta para contratar a alguien es su aspecto. Cuanto más feos, mejor.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea, una vez le pregunté, pero se negó a responderme. Aunque tengo la teoría de que lo hace para evitarme tentaciones.

Alex no dijo nada. Principalmente porque no sabía qué decir ante semejante confesión. Fuera como fuera no podía criticar a su hermano ya que ella estaba haciendo lo mismo. Pretendía que su asistente fuera una mujer para evitarse problemas como enamorarse de él. Algo que ya había hecho previamente y había sido un desastre. Ahora lo único que ella necesitaba era una asistente que fuera competente y, sobre todo, de fiar.

—¡Lo tengo! Erik me contó el otro día que su prima había llegado a Londres y que buscaba trabajo, quizás puedas entrevistarla. Había considerado contratarla como secretaria, pero si lo haces tú mejor que mejor.

Su hermana suspiró sonoramente para demostrarle su irritación.

—Eres increíble. ¿Cuántas secretarias tienes? ¿Y quién demonios es Erik?

—Actualmente tengo tres secretarias. Y Erik, ya que lo preguntas... es tu vecino.

—Tú eres mi vecino y ¿para qué necesitas tantas secretarias?

—Yo soy tu vecino de la izquierda, Erik es tu vecino de la derecha. Y no necesito secretarias, solo las contrato para hacerles un favor a mis amigos.

—No creo que esos amigos merezcan la pena si te utilizan para que contrates a sus novias.

Pablo fulminó a su hermana con la mirada.

—No todas son novias. Una de ellas es la hija de mi chofer —anunció con mucha dignidad, un segundo antes de darse la vuelta y dar por terminada su conversación

Capítulo 2

Tres días después de su conversación con Pablo, Alex estaba sentada en su despacho con Harper, la prima de su vecino de la derecha, quien, a pesar de su edad, ni siquiera llegaba a los treinta, tenía un brillante currículum.

—¿Desde cuándo conoces a mi hermano?

—No lo conozco de nada —respondió con una sonrisa avergonzada—, en realidad el que esté aquí ha sido cosa de mi primo.

—Entiendo. —Aceptó y siguió leyendo sus aptitudes—. ¿Puedo preguntarte por qué abandonaste un trabajo como profesora de informática para venir a Londres?

Harper enrojeció de repente y Alex se sintió culpable por haber hecho una pregunta tan directa sin una pizca de tacto.

—No tienes por qué responder si no lo deseas.

—No, no... Es solo que me avergüenza un poco confesarlo y tampoco creo que me deje en buen lugar hacerlo. —Se encogió de hombros, como si no hubiera solución más que decirlo—. Sufrí un desengaño amoroso. Mi prometido me abandonó por otra mujer unas semanas antes de nuestra boda. Quedarme allí me asfixiaba. —Hizo una pausa—. Bueno, en realidad lo que me asfixiaba era ver la lástima en los rostros de las personas. No me gusta que me compadezcan. Mi primera opción fue Sidney, pero al final me entró el pánico y decidí quedarme aquí.

Por primera vez, desde que le había abierto la puerta esa mañana, Alex sintió una conexión con aquella rubia de apariencia delicada que tenía delante.

Todo, desde su mirada dorada sin maquillajes, hasta su vestido insulso indicaban que era una persona que prefería pasar desapercibida y, aun así, su belleza era demasiado llamativa para lograrlo al cien por cien.

—¿Por qué Sidney?

—Mi mejor amigo vive allí.

La observó en silencio y le ofreció una sonrisa. Sí, en la superficie parecía

alguien frágil, una persona capaz de romperse con facilidad, y para algunas personas que escucharan su historia seguro que lo verían de ese modo, pero Alex era distinta. Ella conocía en carne propia lo difícil que era abandonar la comodidad del hogar para tratar de recomponerse en otra parte, alejada tanto de lo bueno como de lo malo.

—¿Cuándo puedes empezar?

Como si no se hubiera esperado esa respuesta, Harper agrandó los ojos por la sorpresa y se llevó la mano a los labios para ahogar un gritito de alegría. No obstante, su expresión cambió de repente tan velozmente que Alex se planteó si había imaginado su sonrisa.

—¿Me das el trabajo por lástima? Te acabo de decir que me molesta que me consideren alguien tan lamentable.

—No, ¿por qué? ¿Hay algún motivo por el que debería tenértela?

Los ojos color caramelo de Harper brillaron afilados.

—¿Crees eso realmente o solo tratas de complacerme?

A Alex le gustó ese punto de rebeldía que le estaba mostrando. Necesitaba un asistente, alguien que ordenara su correspondencia, que hiciera las labores de investigación cuando fuera necesario, pero también necesitaba alguien que fuera capaz de criticar su trabajo sin amilanarse, alguien con cierta capacidad de crítica que la ayudara a mejorar.

—No tengo ningún interés en complacerte. No tengo por qué contarte esto, aunque lo voy a hacer. Parece que te has montado tu propia película acerca de lo que crees que te diré, pero que no te compadezco, igual que tampoco me compadecí de mí misma cuando mi anterior asistente, y novio, robó mi trabajo y lo hizo pasar como suyo. En aquel entonces yo también me marché de Londres y me refugié en París.

—Pero eres bellísima.

—También lo eres tú.

—Pero...

—Al contrario de ti —la cortó Alex—, yo jamás sentí que fuera culpa mía. Así que, bien pensado, sí... un poco sí que te compadezco. No obstante, si estás dispuesta a tirar por la borda este trabajo por eso es que te he sobrevalorado.

Durante unos segundos que se sintieron eternos las dos mujeres se miraron en silencio, cada una debatiéndose en sus propias dudas.

Harper estaba decidida a quedarse en Londres. No tenía previsto regresar a Birmingham en mucho tiempo. No solo porque deseaba evitar a Justin y a su futura esposa todo lo que fuera posible, sino porque una parte de ella le decía que debía despertar del largo letargo en el que se había sumido. Desde que conoció a Justin y hasta su ruptura había ido dejando de lado sus sueños y aspiraciones en favor de las de él. Y esa falta de ambición había terminado por pasarle factura. Si tan solo hubiese escuchado a David cuando le advertía las cosas habrían sido distintas.

—Puedo empezar ahora mismo, si lo deseas.

—Perfecto. Pues vámonos de compras.

—¿De compras? —Miró a su nueva jefa con curiosidad. Alex Blackesley Duarte era una mujer estilosa de la cabeza a los pies mientras que ella misma se ponía cualquier cosa que apareciera en su armario sin preocuparse por si las piezas combinaban o no. ¿Cómo, pues, iba a saber ella aconsejarle sobre ese tipo de cosas?

—Sí, necesitamos ordenadores, impresoras, papel... Ya sabes. Este despacho lleva tres años vacío. La tinta se ha secado y nada funciona como debería.

¡Por supuesto! Se dijo Harper, en ese tipo de compras sí que podía serle de utilidad a su nueva jefa.

—¡Eso suena muy bien!

Capítulo 3

Harper estaba resultando una asistente impecable y, aun así, Alex todavía no le había dicho lo más importante, que ella era Scarlett Payne. Llevaba siete años escribiendo bajo ese seudónimo y, aunque había alcanzado una muy merecida fama, el misterio que la envolvía había contribuido a que las ventas de sus libros se dispararan. Eso y su consabida disputa con E.J. Sullivan, con quien acababa de comenzar a compartir editorial. El hecho de que dos escritores de distintos sexos se tuvieran tal inquina, había disparado las especulaciones y con ellas las ventas.

En los años transcurridos desde que comenzó a publicar, muy pocas personas sabían que ella se escondía tras ese nombre para torturar y asesinar a sus personajes.

Había sido su asistente y agente quien se lo había aconsejado porque era un nombre poderoso y muy femenino, que alimentaba el halo de misterio de la autora.

Fuera como fuera había decidido confiar en su nueva asistente. Durante el tiempo que había estado viviendo en París, se había ocupado ella misma de todo, pero ahora que se había embarcado en un proyecto ambicioso, necesitaba de todo su tiempo para la investigación y la escritura; cualquier otra cosa no era más que una pérdida de tiempo que no podía permitirse.

—Harper —la llamó—, hay algo que tengo que comentarte.

La rubia apartó la mirada del ordenador y observó con cierta curiosidad a su jefa.

—Cuando te contraté te dije que soy escritora.

Harper asintió.

—Es tu primera novela.

—No lo es. Lo cierto es que te dejé malinterpretarme porque no estaba muy segura de si debía decirte quién soy en realidad.

La mirada de su asistente se volvió desconfiada.

Tan solo hacía unos días que la conocía, pero era tan fácil de leer como un libro abierto. Y en esos instantes Alex era capaz de adivinar en lo que

estaba pensando. Seguramente estaba recordando los títulos de los libros que había estado catalogando el día anterior y que trataban de temas tan escabrosos como venenos y métodos de tortura.

Sonrió para animarla.

—Te prometo que no soy una asesina en serie. —Hizo una pausa—. Al menos no una al uso —explicó, pero se arrepintió al instante de haberlo dicho. Lo que pretendía decir era que no mataba a personas sino personajes, pero por la expresión de espanto de Harper la frase había sido poco acertada.

—¿No al uso? —repitió con un hilo de voz esperando la aclaración.

Alex suspiró antes de explicarse.

—Lo que voy a decirte lo sabe muy poca gente: mis padres, mi hermano, mi abogado y mis editores. Ah, bueno y el imbécil de mi ex.

—Alex, estás empezando a asustarme. ¿Qué has querido decir con lo de asesina en serie?

—Lo que quiero decir es que si aceptas trabajar para mí vas a tener que firmar un acuerdo de confidencialidad sobre lo que voy a decirte.

—De acuerdo, pero explícate ya.

—No soy una escritora novata. Soy Scarlett Payne.

Harper abrió la boca para decir algo, pero no emitió ningún sonido.

Debería de haberse dado cuenta que una escritora novel no podría permitirse vivir en la zona en la que Alex vivía y mucho menos tener una casa como la suya. Sin embargo, había estado tan preocupada por conseguir el trabajo que no había reparado en ello.

«De acuerdo», se dijo, eso explicaba muchas cosas, entre ellas la alusión a los asesinatos en serie.

Suspiró aliviada, pero entonces su mente volvió a ponerse en funcionamiento. Y las dudas regresaron... ¿Estaba trabajando como asistente de Scarlett Payne? ¿Y el trabajo se lo había conseguido Erik? ¿Cómo podía ser eso posible?

—Di algo —pidió Alex.

La rubia enrojeció avergonzada por su largo silencio.

—Me encantan tus libros.

—¿De verdad? Te hacía más de novela romántica.

Harper asintió con una sonrisa tímida.

—También la disfruto. Soy una mujer ecléctica, pero ¿te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Tus peleas con E.J. Sullivan son reales o son puro marketing?

—Claro que son reales. Ese tipo es un cretino redomado.

—Entonces, ¿por qué...?

—Buenos días, señoritas. —Saludó un chico moreno y atractivo que hizo que Harper perdiera el hilo de sus pensamientos.

Alex miró a su hermano y a Harper, que parecía eclipsada por él antes de presentarles oficialmente.

—Harper, este es mi hermano. Pablo, esta es mi nueva asistente, Harper.

—¿Pablo? —repitió ella.

Él sonrió divertido.

—Hola, Harper.

—Tienes un nombre curioso —dijo sin amilanarse por su presencia.

—Te aseguro que mi nombre es muy corriente en España. —Hizo una pausa para observar su gesto de sorpresa—. Nuestra madre es española —aclaró—, de ahí mi nombre. ¿No conocías las raíces de tu jefa?

Harper negó con la cabeza.

—¿Por qué solo tu nombre es español? —inquirió en el mismo tono curioso.

Pablo rio complacido con la pregunta.

—Que no te engañe mi hermana. Su nombre es Alejandra, ni Alex ni Alexandra. Alejandra Blackesley Duarte.

Alex fulminó a su hermano con la mirada antes de cargar contra él.

—¿Te aburre tu vida?

—Para nada. Tengo una vida genial.

—¿Por qué no tenéis el mismo apellido? —preguntó Harper ajena a las peleas de los hermanos.

Alex miró a su asistente con curiosidad, quien parecía muy interesada en su hermano, lo que no era buena señal; Pablo era alérgico a las relaciones de más de un mes.

—Tenemos los mismos apellidos. En España se usan ambos, por eso nosotros también los usamos.

—Pero has dicho...

—Pablo Duarte es mi nombre artístico. Mi nombre real es Pablo Blackesley Duarte.

—¡Oh! Entiendo.

—¿Por qué no te vas? —intervino Alex—. ¿No ves que estamos trabajando?

—En realidad he venido para pedirte prestada un segundo a tu asistente —dijo mirando fijamente a Harper, que todavía seguía noqueada por el encanto de Pablo Duarte.

—¿Para qué? —preguntó la pelirroja suspicaz.

—Tengo un pequeño problema con mi laptop.

—Si no descargaras guarradas no te pasaría eso. Pero ¿cómo sabes que Harper era profesora de informática?

—Te la recomendé yo, no sé si te acuerdas.

—¡Cierto! Harper —dijo mirando a su asistente—, ¿te importaría echarle un vistazo el ordenador de mi hermano?

—Claro que no. —Se levantó de la silla—. ¡Vamos!

Pablo la observó con interés. Definitivamente no parecía intimidada por él, lo que suponía una agradable sorpresa. Normalmente las mujeres apenas hablaban en su presencia o se ponían tan nerviosas que no callaban.

Harper en cambio estaba actuando como una persona normal. Lo que era un agradable cambio.

—Gracias —dijo y la siguió fuera de la estancia.

Harper no estaba segura de cuál era el problema que se suponía que tenía el ordenador. Se había encendido a una velocidad aceptable y, aparentemente todo funcionaba correctamente.

—¿Cuál es el problema? —inquirió al no encontrar ella misma el fallo.

—Necesito que hagas algo por mí. Que me guardes un secreto.

—¿Un secreto? ¡Oh! ¡Así que es verdad que has descargado algo indebido! —Aventuró con timidez—. ¡De acuerdo! Muéstramelo y trataré de

eliminarlo sin que afecte al resto de componentes.

Pablo la observó con tal mirada de asombro que Harper comenzó a tener la sensación de que había metido la pata. No obstante, estaba a punto de disculparse cuando él estalló en estruendosas y divertidas carcajadas.

—¡Madre mía, Harper! ¡Eres genial!

—¿Yo?

Pablo asintió al tiempo que le ofrecía una de sus irresistibles sonrisas.

—¿Por qué?

—Eres realmente divertida.

—Gracias, supongo, pero ¿qué secreto se supone que he de guardarte? ¿No es nada que hayas descargado?

—No lo es. En realidad el ordenador era una excusa para hablar contigo a solas.

El corazón de Harper se aceleró repentinamente. De acuerdo que no era una fanática que se enamoraba de un famoso y llenaba su dormitorio de posters, pero es que ella sí que tenía a escasos metros a Pablo Duarte en músculo y hueso. Era imposible no hiperventilar...

—No puedes decirle ni a Alexa ni a Erik quienes son en realidad.

—Pero Erik no escribe con seudónimo...

—¡Lo sé! Pero esto es un favor que te estoy pidiendo. —Alargó la mano para apartarle un mechón rebelde de la frente—. ¿No puedes hacer esto por mí? —insistió con suavidad. Usando todo su encanto para convencerla.

—Sí —musitó ella perdida en la mirada azul verdosa de Pablo.

—¡Bien! —Su sonrisa se amplió al saber que había ganado—. Promételo.

—¡Lo prometo!

—¡Maravilloso! Sabía que podía contar contigo —la halagó—. Pues ya puedes regresar con Alexa, como te había dicho mi ordenador funciona perfectamente —le guiñó un ojo.

Harper parpadeó varias veces hasta que salió de su ensueño y se dio cuenta de que acababa de ser manipulada por un tipo guapo con un encanto irresistible. Acababa de comprometer su palabra en algo en lo que estaba totalmente en contra.

—¡Eres una completa idiota! —Se regañó a sí misma en cuanto estuvo fuera de los oídos de Pablo—. Ocultar información es casi tan malo como mentir.

Capítulo 4

Alex comenzó a sentirse cómoda en cuanto le contó su secreto a Harper, y una vez que lo hizo recuperó sus costumbres cotidianas: el primer café de la mañana, negro y cargado, y salir a correr. Después de la carrera matutina, una ducha y a sentarse frente al teclado. ¿No tenía una vida estupenda? Era ella la que marcaba su horario y encima trabajaba en algo que realmente disfrutaba.

—Buenos días, mundo —dijo estirándose.

Acababa de salir de su casa y, como de costumbre, se detuvo antes de comenzar la carrera para asegurarse de que llevaba los cordones bien atados. En varias ocasiones, por no cerciorarse de ello, había estado a punto de abrirse la crisma, por lo que desde esa última vez se aseguraba.

Estaba parada frente a la verja que separaba su casa de la calle, cuando su mirada se detuvo en el hombre que hacía estiramientos a escasos metros de ella.

Siguió mirándole mientras hacía lo propio. Estaba un poco oxidada, pero tras los ejercicios de calentamiento se sintió un poco más activa. Seguía mirándole con interés cuando él, como si hubiera sentido su mirada, se dio la vuelta y la saludó con un cálido buenos días.

—Creo que he soñado contigo —dijo ella sin ningún tipo de artificio, solo con la seguridad de que lo había hecho porque estaba segura de haberlo visto antes.

Él sonrió visiblemente encantado.

—¿De verdad?

Alex asintió sin dejar de mirarlo.

—¿Por qué tengo la sensación de que no es la primera vez que escuchas algo así?

Él desconocido se acercó hasta detenerse frente a ella. Fue entonces cuando respondió.

—Seguramente porque no es la primera vez.

—Entiendo.

—Eres muy perspicaz —dijo con un deje que ella no logró encasillar

como un cumplido.

—Gracias. Supongo.

—Muy perspicaz. No hay duda.

Y tras decirlo se dio la vuelta y comenzó a correr como si estuviera solo y la conversación entre ambos nunca hubiera existido.

Alex no estaba dispuesta a dejarlo pasar sin saber de qué se conocían, por lo que echó a correr poniéndose a su lado.

Él mantuvo un ritmo suave, lo que le facilitó seguir su paso. Alex tuvo la sensación de que lo hacía por deferencia a ella. A juzgar por sus largas y musculadas piernas era evidente que salía a correr con regularidad.

—¿No vas a decirme de qué no conocemos?

Él sonrió antes de responder, pero en ningún momento la miró, sino siguió con la mirada al frente.

—Creía que habías dicho que fue en un sueño.

—¿Hablas en serio?

—Yo siempre hablo en serio, pero dime, ¿qué hacía yo en tu sueño? —inquirió girándose a mirarla por primera vez desde que habían comenzado a correr juntos.

—No estoy segura.

—En ese caso, lo siento.

—¿Por qué? —inquirió ella desconcertada.

—Por haber sido tan decepcionante. Lo cierto es que no suelen pasarme estas cosas, normalmente estoy a la altura de las circunstancias.

Tuvo que reír. Había tratado de hacerse la interesante, pero él era demasiado ingenioso como para no reconocérselo.

—¿Por qué será que todos los hombres siempre dicen lo mismo ante esa misma situación?

Fue el momento de él de sonreír.

—No puedo más que darte la razón.

—Gracias por no poner excusas. —Siguió bromeando ella—. Soy Alex. —Le tendió la mano que él estrechó sin cambiar un ápice el ritmo de la marcha.

—¡Lo sé!

—O sea que sí que nos conocemos.

—Soy tu vecino. —Le tendió la mano del mismo modo que había hecho ella—, Erik.

—¡No! —dijo de repente sobresaltándole.

—¿No? Te aseguro que soy Erik y que vivo en la casa contigua a la tuya.

—Me refería a qué ya sé de qué te conozco. El día que llegué, eres el asesino sádico que me observaba mientras dormía.

Erik se detuvo de golpe.

—¿Asesino sádico? Vaya, eso ha sido muy duro.

Alex se mordió la lengua. ¡Mierda! Había hablado de más. Ahora le tocaba arreglarlo ya que no podía decirle que le había parecido tan guapo que lo había encontrado perfecto para su próximo asesino en serio.

—Sí, es que estaba leyendo un libro de asesinatos y me recordaste al personaje protagonista.

Erik volvió a retomar la carrera, por lo que ella dedujo que la había creído.

—¿Puedo preguntar qué libro era?

—El último de Scarlett Payne.

—¿Scarlett Payne? ¿Cómo puedes leer nada de esa señora? ¡Qué decepción, Alex!

—¿Señora?

Él asintió.

—Es una carga. Aburrída y pasada de moda. ¿No me digas que ves creíble lo de los venenos en su penúltima novela?

—Me pareció original. Y el asesino estaba muy bien construido.

Él bufó.

—Seguro que es una vieja decrepita. Hasta su nombre está obsoleto.

—Pues a mí me gusta. Es sexy.

—Scarlett Johanson es sexy, Scarlett Payne es vieja y achacosa.

—Pareces muy seguro. Creía que nadie sabe quién es.

—Solo hay que leer entre líneas —dijo con seguridad—. Si quieres disfrutar de una buena novela prueba con cualquiera de las de E.J. Sullivan. Aunque yo te recomendaría la última. Es sublime.

Alex se mordió la lengua para no soltar un improperio. El tal Erik era guapo, pero no había duda de que le faltaba algo indispensable para tentarla: gusto literario.

Con una sonrisa forzada se disculpó dispuesta a alejarse de él. Si volvía a hablar tan elogiosamente de E.J. Sullivan no estaba segura de cuál iba a ser su reacción.

—Ha sido un placer conocerte, Erik. Ahora si me disculpas voy a acelerar un poco.

No esperó a que él le respondiera. Aceleró el paso todo lo que pudo y trató de mantenerlo. No se dio la vuelta en ningún momento para comprobar si él había tomado el mismo camino.

De hecho, la razón por la que no lo hizo fue porque no le importaba, ¿cómo iba ella a interesarse por un fan de escritorcillo ese?

Erik se quedó sonriendo mientras la veía alejarse. A juzgar por la corta conversación que habían mantenido podía decir dos cosas: que Alex se enfadaba con bastante facilidad, y que cuando lo hacía se volvía extremadamente educada y cortés. ¡Interesante! Se dijo, muy interesante.

Capítulo 5

Harper estaba comenzando a preocuparse seriamente. Desde que había llegado, hacía solo una hora, ya le había contestado al menos quince preguntas a Alex, y todas ellas estaban relacionadas con su primo Erik, quien la había llamado la noche anterior y también se había mostrado curioso por su nueva jefa.

Con mucho estilo había esquivado las preguntas más complicadas de ambos, pero si seguía con su actitud evasiva, Alex, que era a quien veía cada día, acabaría por darse cuenta de que le estaba ocultando algo. Solo tenía una opción para salir del apuro en el que se encontraba, y esa tenía nombre de caballero: Pablo.

Después de todo estaba metida en semejante lío por su culpa. Si no le hubiese hecho prometer que no le diría nada a Alex no estaría a punto de sufrir un colapso nervioso.

Si por Harper hubiese sido se lo hubiese contado todo haciendo hincapié en que podía confiar en ella, independientemente del contrato de confidencialidad que había firmado esa misma semana. Su ética laboral le impedía ir con el chisme a nadie. Ni siquiera se lo hubiese contado a David, a quien se lo confiaba todo.

De cualquier manera, el problema estaba ahí y tenía que hablar con Pablo para que lo solucionara. La complicación venía de que era no sabía cómo hacerlo sin ser evidente, qué excusa debía usar para presentarse frente a él sin que Alex sospechara que le ocultaba algo o peor, que creyera que se había enamorado de su hermano.

Por un lado, Alex estaba un poco decepcionada, mientras que por el otro aplaudía la discreción de su nueva asistente.

Aunque había tratado de obtener información sobre su vecino de ella, no

había logrado saber más que tenía treinta y tres años y que estaba soltero. La pregunta de a qué se dedicaba había sido obviada por Harper con tanta habilidad que Alex había barajado la posibilidad de que su vecino trabajara para el servicio secreto o hiciera alguna labor similar para el gobierno.

No obstante, no tenía intención de darse por vencida. Erik y su mal gusto literario habían despertado en ella una curiosidad, que como buena novelista estaba decidida a desentrañar, y si Harper no le aclaraba las dudas siempre podía recurrir a Pablo, quien, había entablado una amistad con él, lo suficiente profunda como para que tuviera una llave de su casa y fuera a regarle las plantas.

La pega era que Pablo no contestaría sus preguntas tan fácilmente. Primero la torturaría para que confesara el motivo de su interés, y después seguiría torturándola mientras le daba la información con cuentagotas.

—Harper, voy a salir un momento para hablar con mi hermano —dijo Alex decidida a hacerlo cuanto antes.

—Te acompaño. Había quedado con él con que me pasaría a asegurarme de que su ordenador no había vuelto a fallar.

—¡Por supuesto! —Aceptó consciente de que no podía negarse sin parecer borde.

Se levantó de la silla y se metió el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

Salió del despacho con Harper a su lado. Tampoco estaba todo perdido, pensó, mientras Harper se dedicaba al ordenador ella podría hablar con Pablo en otra parte. Con la excusa de preparar té, lo llevaría a la cocina y allí lo sometería un tercer grado en toda regla. Después de todo, estaba acostumbrada a esa clase de interrogatorios.

Caminaron en silencio hasta que se detuvieron frente a la puerta de Pablo. Alex llevaba las llaves en la mano. De hecho, estaba a punto de usar la llave de casa de su hermano cuando se lo pensó mejor y llamó al timbre.

—¿Por qué no has abierto? —preguntó Harper con curiosidad.

—Con Pablo es mejor ir sobre seguro. Nadie sabe lo que se puede encontrar si entra sin anunciarse.

Harper emitió una sonrisita entre tímida y divertida.

—Tengo la sensación de que sabes de qué hablas.

—¡Perfectamente! Pero no me preguntes más. —Se rio—. Todavía me muero de la vergüenza cuando lo recuerdo. Ante determinadas circunstancias las actrices pierden su encanto.

Harper rio de buena gana.

—Ya me imagino.

—Ni siquiera te acercas.

Ambas rieron, pero la aparición de Pablo las calló de repente.

—Qué agradable sorpresa. —Saludó apartándose de la puerta para dejarlas pasar—. Adelante, hermosas señoritas.

—¡Gracias! —murmuró Harper.

Lo primero que llamó la atención de la rubia al entrar fue el aroma que inundaba la casa. Era como si el actor acabara de rociarse perfume por cada una de las estancias y el aroma se hubiera quedado impregnado en las cortinas y en los muebles.

Lo segundo fue la ausencia de color. El mobiliario del comedor era blanco y negro con algunas pocas motas de marrón. Ni siquiera los cojines del sofá rompían ese cromatismo.

Pablo las llevó hasta la cocina donde se puso a preparar té y Harper comprobó que esa ausencia de color estaba por todas partes.

Sin darse cuenta frunció el ceño.

—Creo que a la señorita Harper no le gusta mi casa —dijo inesperadamente Pablo.

—No, no, sí que me gusta.

—Entonces lo que no le gusta es el té —insistió él decidido a hacerle confesar el motivo de su gesto.

—También me gusta.

Pablo arqueó una ceja.

—¿Entonces?

Miró a Alex como pidiéndole ayuda, pero su jefa no dijo nada.

—Es solo que me ha llamado la atención que todo sea tan... sin color.

Alex soltó una carcajada que en seguida trató de disimular con una tos.

—Soy daltónico. No distingo los colores, por lo que no sé qué queda bien con qué. Por eso no los uso.

—Tu jersey es azul.

—La ropa la escoge mi estilista y es quien hace las combinaciones. Mi casa es más personal.

—¡Por supuesto! Lo siento.

—No tienes nada de lo que disculparte —intervino Alex—, ha sido él quien ha preguntado. Además, conociéndole estoy segura que lo único que le ha molestado es que no lo supieras, lo que demuestra que no eres una de sus fans.

—¡Cierto! Está claro que mi hermana me conoce bien —corroboró él, aunque no había rastro de sonrisa en su expresión—. Pero decidme, ¿a qué debo el honor de vuestra visita?

—Harper ha venido para asegurarse de que tu ordenador sigue funcionando —explicó su hermana.

—¡Qué amable! —dijo él, y Harper se preguntó si realmente lo había comprendido o estaba confundiendo su visita con otra cosa.

—Yo estoy aquí porque una productora está interesada en comprar los derechos cinematográficos de mi última novela y me gustaría saber tu opinión al respecto.

—¡Eso es genial! ¿Qué te parece si lo hablamos mientras Harper se hace cargo de mi ordenador?

—¡Perfecto!

Él asintió con una sonrisa.

—Harper, estás en tu casa. Ya sabes dónde queda mi despacho. Mi ordenador está a tu entera disposición.

Eso sí que no se lo había esperado. ¿Ni siquiera tenía intención de acompañarla hasta allí? Debería de haberse dado cuenta de que el ordenador era una excusa para hablar con él.

«¡Un momento!», se dijo, ¿y si estaba tan acostumbrado a verse acosado por las mujeres que simplemente había creído que ella era una más...?

Con los ojos brillantes de indignación se levantó de la silla.

—Si me disculpáis.

Salió de la cocina a toda prisa. Muy bien, si pretendía ignorarla cuando la culpa de sus problemas era la estúpida promesa que le había hecho aceptar iba

listo.

No pensaba darse por vencida así como así. O lo solucionaba él mismo o la liberaba de la promesa.

Tal y como había vaticinado Pablo, encontró su despacho sin dificultad.

Había varios guiones sobre el escritorio, el laptop estaba apagado y junto a él había una taza vacía de café, que a juzgar por el poso no era de esa mañana.

Harper se sentó en la silla del escritorio y buscó un boli y alguna hoja de papel. Esperaba no tener que abrir los cajones, pero a la vista no había nada que pudiera usar para dejarle una nota. Si bien había un bote con bolígrafos, el papel brillaba por su ausencia. Instintivamente sus ojos volaron a los guiones.

¿Y si usaba uno de ellos para avisarle que necesitaba hablar con él? ¿Qué resultaría menos invasivo, se preguntó, abrir el cajón o usar su guion?

Tras meditarlo unos segundos, optó por usar la tapa del guion. Escribiría la nota con un lápiz, de modo que pudiera borrarse, así no invadiría la privacidad de Pablo.

Convencida de que era la mejor opción escribió su número de teléfono junto a la explicación de que necesitaba hablar con él.

Una vez que estuvo hecho, se quedó allí sentada esperando que pasaran un par de minutos antes de regresar a la cocina y fingir que había revisado el portátil.

Capítulo 6

El día anterior Alex había salido a correr con la guardia baja, pero esa mañana no estaba dispuesta a hacer lo mismo. Por ese motivo se puso su modelito más sexy, sin ser exagerado, que tenía en el armario, se recogió el pelo en una coleta descuidadamente cuidada, y se roció apenas con su perfume favorito.

Nada que la hiciera llamar la atención, solo que lo justo para hacerla interesante. Después del fracaso con Harper y con Pablo era evidente que si quería saber algo más sobre el vecino sexy y de mal gusto literario, iba a tener que descubrirlo ella misma.

Su hermano, tras hacerle confesar que lo encontraba atractivo, le había contado bien poco, que se había mudado a la casa de al lado mientras ella estaba en París, que era freelance, aunque no estaba muy seguro de a qué se dedicaba.

—¿Cómo puede ser tu amigo y no saber a qué se dedica? —había protestado.

—Cuando salgo con él a tomarme una cerveza no suelo hablar de trabajo. —Se lo pensó mejor y se corrigió—. Bueno yo sí que lo hago, pero él no.

—¿Qué quieres decir?

Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Bueno, ya sabes... Muchos me preguntan si las actrices con las que trabajo son tan atractivas en persona.

—Ya veo.

Después de eso, Pablo solo había atinado a decirle que era un gran aficionado al fútbol, concretamente al Aston Villa, lo que era comprensible ya que era oriundo de Birmingham; y que le gustaba salir a correr todas las mañanas, información que ella ya había descubierto por su cuenta. Unos minutos después apareció Harper y cambiaron el tema.

Llevaba diez minutos lista mirando por la ventana para salir cuando él lo hiciera. Tenía la intención de hacerse la encontradiza, pero sin ser evidente.

Su oportunidad llegó cuando le vio salir de casa y detenerse en los escalones de su casa para hacer los estiramientos previos a la carrera.

Fue entonces cuando Alex se puso sus *AirPods*, como si nada fuera con ella, y salió de su casa. Siguió sin girar la cabeza y avanzó hasta la puerta del jardín. Una vez en la acera se dispuso a estirar mientras canturreaba:

Sunrise with you on my chest
No blinds in the place where I live
Daybreak open your eyes
'Cause this was only ever meant to be for one night
Still, we're changing our minds here
Be yours, be my dear^[1]

Después de su encuentro del día anterior lo mejor que podía hacer era fingir indiferencia. Al menos durante los próximos días. En ese tiempo se haría la encontradiza, pero se limitaría a ignorarlo, a ver cuánto aguantaba él sin hablarle.

Con esa idea en mente comenzó a correr en su sitio, se recolocó los auriculares en las orejas y se dispuso a echar a correr. Todo ello sin girarse siquiera una vez.

Llevaba cinco minutos de marcha cuando le vio pasarla por el lado izquierdo sin siquiera mirarla.

Alex bufó de rabia.

Era evidente que se había topado con un adversario interesante, no obstante, no tenía intención de darse por vencida.

Tras tres días siguiendo el mismo ritual con los mismos nulos resultados, Alex estaba a punto de declarar que su táctica de indiferencia había sido un auténtico fracaso cuando, inesperadamente, Erik volvió a ponerse a su lado, solo que, en esta ocasión, no la pasó en absoluto silencio, sino que la saludó y

mantuvo su ritmo.

—Buenos días.

Alex se sacó los *AirPods* de los oídos y él repitió el saludo.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó ella entre sorprendida y encantada.

—¿Ya has leído la recomendación que te di hace unos días?

—No.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—¿Porque tú no has leído la mía?

—¿Y cómo sabes que no lo he hecho?

—Simplemente lo sé.

—¡De acuerdo! No lo he hecho —concedió él—. ¡Hagamos un trato! Yo leo tu recomendación y tú lees la mía.

—¿Con qué fin? —preguntó curiosa.

—Que acabes dándome la razón, por supuesto.

Ella sonrió maliciosa.

—Sabes que eso no va a suceder, ¿verdad?

—Eso ya lo veremos —dijo él confiado—. Mañana y pasado no voy a estar en Londres, pero el jueves nos vemos aquí y comentamos. Estoy deseando que me des tu opinión sincera.

—¡De acuerdo! Pero no te hagas muchas ilusiones.

Él sonrió.

—¡Hasta el jueves! —Se despidió y aceleró el paso para dejarla atrás como cada día, solo que en esta ocasión se había detenido brevemente para hablar con ella y lanzarle un reto.

—¡Ha funcionado! ¡Ha funcionado! —canturreó Alex, encantada—. ¡Espera! ¿Es esto una cita?

Capítulo 7

Harper se sintió profundamente ofendida cuando transcurrieron dos días sin que Pablo diera señales de vida. Y lo peor era que el asunto de su jefa y de su primo se estaba complicando, ya que Alex llevaba todo el día leyendo una novela de E.J. Sullivan.

En varias ocasiones había estado tentada de plantarse en casa de Pablo y decirle cuatro cosas a la cara. ¿Cómo podía desentenderse de ese modo de un conflicto que él mismo había creado?

Suspiró cansada y volvió a pulsar el botón para reproducir por enésima vez la misma canción. La había escuchado en el autobús mientras iba al trabajo y por culpa de la maldita palabrita que Pablo siempre usaba no había resistido a la tentación de descargarla y escucharla en bucle.

I love it when you call me señorita
I wish I could pretend I didn't need ya
But every touch is oh, la, la, la
It's true, la, la, la
Oh, I should be runnin'
Oh, you keep me coming for ya^[2]

—Soy patética —musitó para sí.

Alex alzó la cabeza de su libro y la miró interrogante.

—¿Has dicho algo?

—¡Nada! Pero si no te importa voy a salir a estirar las piernas un rato.

Alex, quien había vuelto a su libro al instante en que Harper respondió, hizo un gesto con la mano para que se marchara.

Decidida a no pensarlo mucho para no acabar echándose atrás, salió del despacho y se encaminó hacia la puerta de entrada. Siguió caminando hasta que atravesó la puerta principal, el jardín y la verja. Dio la vuelta en la acera

y volvió a cruzar otra verja, concretamente la de la casa de Pablo.

Suspiró profundamente para darse ánimos y subió los escalones para detenerse frente al umbral del actor. Con la misma actitud de no pensar en lo que estaba haciendo, pulsó el timbre y esperó. Estaba a punto de volver a llamar cuando la puerta se abrió y un sudoroso Pablo la miró con curiosidad.

—¿Harper?

La aludida trató de mantener la mente fría y de decir sin medias tintas lo que había ido a decir, pero el atuendo de Pablo, con una camiseta vieja son mangas, que dejaba a la vista sus fuertes brazos, y los pantalones cortos que llevaba, la estaban aturdiendo.

Cerró los ojos para resistir ¿la tentación de echarse a sus brazos?, pero los abrió de nuevo, consciente de que podía parecer extraño echarle la bronca a alguien con ellos cerrados.

—Hola. —Se armó de valor—. ¿Puedo pasar o vas a seguir ignorándome y cargándome a mí el problema?

En favor de Pablo, Harper tuvo que aceptar que parecía genuinamente desconcertado, aunque eso tampoco se podía tomar como un atenuante dadas sus dotes artísticas.

—Pasa, por favor. Me pillas ejercitándome.

—¿Por qué no me has llamado? —dijo sin andarse por las ramas ni dar explicaciones—, llevo dos días de pesadilla.

—No sé de qué estás hablando.

La rubia se planteó, por primera vez, que quizás él no había visto su nota y que lo había estado maldiciendo sin motivo.

—Estuve el martes aquí.

—Lo recuerdo. Viniste a revisar mi ordenador.

—Tu ordenador estaba perfecto. Siempre lo ha estado.

—¡Lo sé!

—¿Entonces? ¿Por qué crees que vine?

Pablo se encogió de hombros.

—Dijiste que fue para asegurarte de que funcionaba bien.

—¿No has leído mi nota?

—¿Qué nota? ¿Sucede algo?

Harper se llevó las manos a la cabeza mientras gimoteaba. Había pasado dos días de culpa y rencor, y Pablo ni siquiera se había dado cuenta de nada. Mientras ella temía por su trabajo y por su nueva amistad con Alex, él se divertía haciendo ejercicio y quién sabe qué otras cosas.

—Te dejé una nota en el guion que había encima de tu mesa. Ponía que necesitaba hablar contigo. Te dejé mi número.

—¡Oh! ¿Era tuya? No pensé que lo fuera.

Estaba a punto de preguntarle de quién había supuesto que era, pero se lo pensó mejor y dejó la pregunta sin formular.

—¡Esto se nos ha ido de las manos! —Anunció—. Vas a tener que solucionarlo porque yo no puedo.

Pablo la observó con curiosidad antes de acercarse a ella y obligarla a sentarse poniéndole las manos sobre los hombros y empujándola hacia el sofá.

—Vamos a hacer una cosa —pidió—, siéntate mientras preparo té y después me lo cuentas todo.

Harper asintió.

—De acuerdo, pero que sea mejor café —dijo tras recordar la taza con la que se había topado en su escritorio. Al parecer él, al igual que ella, prefería el café. Alex era la que se atiborraba a té durante todo el día.

—Café, pues. ¿Te importa si también me doy una ducha?

Harper negó con la cabeza y él sonrió.

—Ahora mismo vuelvo. Dame diez minutos.

Harper aprovechó esos minutos de soledad para ordenar sus pensamientos. Aparentemente Pablo no había visto su nota o, mejor dicho, no la había relacionado con ella, por lo que se veía obligada a retirar todos los insultos que le había regalado mentalmente desde que decidió que la había dejado sola con el problema de Erik y Alex. Se interrumpió a sí misma al recordar que Pablo no había entendido su visita y, aun así, le había permitido pasar a su despacho y usar su ordenador.

¿Qué se habría imaginado que pretendía? Notó cómo el calor le subía a las mejillas cuando infinidad de pensamientos, a cada cual más vergonzoso, acudieron a su mente para justificar el que Pablo hubiera actuado del modo en que lo hizo.

—Ya estoy aquí —anunció, aunque se aroma avisó de su presencia antes que sus palabras—. ¿Te encuentras bien? Estás muy colorada.

—Tengo calor. ¡Estoy bien!

Pablo se abstuvo de decir que en abril no hacía precisamente calor. Después de todo estaba más interesado en lo que fuera que tenía a Harper tan estresada.

—¡El café! —recordó de pronto.

—No importa. Hablemos antes de que Alex sospeche de los motivos por los que me he ido del despacho.

—Tienes razón, cuéntame.

Y ella lo hizo. Le puso al día de cómo cada uno por su cuenta, tanto Alex como Erik, le habían preguntado por el otro y, de cómo, se había visto obligada a dar respuestas esquivas. También le contó que Alex llevaba todo el día colgada de un libro y que el autor era nada más y nada menos que E.J. Sullivan.

—¡Eso es genial!

—¿Genial? ¿Estás tarado? Esos dos se odian profundamente. Cuando se enteren de quienes son en realidad se va a liar un problema muy gordo y tú y yo vamos a estar en medio.

—Cuando se enteren ya estará todo listo.

—¿A qué te refieres? —o podía estar hablando de lo que ella creía que estaba hablando. Era una completa locura.

—¡Oh, vamos! Son perfectos el uno para el otro. ¿No acabas de decirme que los dos se han interesado por el otro?

—Definitivamente estás tarado. Y lo peor es que me has metido en tu locura sin que pudiera evitarlo.

—Es posible, pero como bien has dicho ya estás dentro de mi locura —y añadió inclinándose sobre ella, tan cerca que podía sentir su aroma pegado en la nariz—. No te olvides de que una promesa es una promesa.

—Nunca vas a poder compensarme por esto —susurró Harper más para sí misma que para que Pablo la escuchara.

—¿Qué te apuestas, señorita?

Capítulo 8

E. J. Sullivan era un buen escritor, decidió Alex, tras leer del tirón su novela.

La trama estaba bien estructurada, era original y adictiva y sabía mantener la tensión sin resultar recargada. Los personajes eran interesantes, creíbles. La prosa cambiaba entre misteriosa, directa e, incluso sensual, cuando la escena lo requería.

Los diálogos estaban vivos y servían para darle personalidad a los personajes. En definitiva, E. J. Sullivan era un rival a su altura, aunque, por supuesto, eso no tenía previsto decírselo a Erik. Se limitaría a admitir que la novela le había resultado entretenida y listo.

Con esa idea salió de casa para correr, estaba vez sin los auriculares, y se dispuso a estirar, para darle tiempo a Erik a salir. No había quedado a ninguna hora concreta con él, por lo que se limitó a marcar su propio horario.

Estaba enfrascada en sus estiramientos cuando la puerta de su vecino de la derecha se abrió y este salió con sus habituales pantalones cortos y su sonrisa.

—¡Buenos días!

—Hola.

Se puso a imitarla en sus estiramientos, sin hacer alusión al motivo por el que se habían encontrado.

—¿Te importa? —preguntó al tiempo que doblaba la rodilla.

Alex lo miró sin comprender y Erik, en lugar de explicarse, acercó su mano hasta su hombro y se sujetó a ella para no perder el equilibrio.

—Sujétate en mí. Así es más fácil para los dos.

La idea de tocarle le resultó interesante, casi tanto como el que él la estuviera tocando a ella. Por alguna razón que no podía comprender se sentía acalorada. No era la primera vez que un hombre la tocaba y, aun así, su contacto resultaba agradable y sensual. ¿Cómo podía hacer que su cuerpo reaccionara de ese modo a un contacto que ni siquiera era íntimo?

Más tímida de lo que era habitual alzó la mano y, al igual que él había hecho, la posó sobre su hombro mientras con su otra mano se pegaba el talón al trasero, tratando de estirar todo lo posible.

En silencio cambiaron de pierna y de hombro, y Alex se fijó entonces en que Erik tenía los dedos manchados de tinta roja o pintura, no supo decidir qué era exactamente. En realidad, la mancha estaba solo en su mano derecha y afectaba al interior de sus dedos índice y corazón. Era una mancha similar a las que ella misma se hacía cuando se ponía a jugar con algún rotulador mientras tomaba notas.

No pudo resistirse a preguntar:

—¿Has estado fuera de Londres pintando? —señaló sus dedos.

Él sonrió y comenzó la marcha.

—He estado corrigiendo. Pintar no es mi fuerte.

—¿Corrigiendo? ¿Eres profesor? —preguntó, pero se dio cuenta de que no era posible porque según tenía entendido trabajaba de *freelance*.

—¡No! —contestó con énfasis dando a entender que la idea le horrorizaba.

—Entonces, ¿qué corregías? —¿sería acaso corrector editorial? Se preguntó. Conocía a correctores editoriales que trabajaban por su cuenta.

—Mi novela —confesó él—, soy escritor.

—¿De verdad? ¡Vaya! Eres el primer escritor que conozco —dijo riendo internamente. Iba a ir directa al infierno por semejante mentira, pero había escuchado algo sobre que los hombres se sentían especiales si eran los primeros en algo—. Dime el nombre de alguno de tus libros y lo leeré. —Alzó la mano derecha con la palma mirándole—. Te prometo que seré sincera en mi opinión.

Él sonrió divertido.

—Gracias por la oferta, pero en realidad ya me has leído.

—¿Lo he hecho? —Ahora sí que estaba confundida, ¿cómo podía saber él lo que ella leía o dejaba de leer? ¿Acaso le había preguntado a Harper por ella?

La idea de que él estuviera interesado la hizo sonreír. Una sonrisa que se le quedó congelada en el rostro en cuanto escuchó una respuesta que no hubiera esperado nunca.

—Soy E. J. Sullivan.

Alex parpadeó varias veces e, incluso se vio obligada a detenerse porque sus piernas parecían incapaces de mantener el ritmo.

—¿Qué has dicho?

Él también se detuvo.

—Siento haberte presionado para que leyeras mi novela, pero es que cuando empezaste a hablar de...

—¡Suficiente! —Le cortó sabiendo lo que seguía a continuación—. ¿Por qué no sale tu foto en tus libros?

Erik se encogió de hombros.

—Es cosa de la editorial. En mi página web sí que aparece. —Y añadió con una sonrisa traviesa—. Yo no me escondo bajo ningún seudónimo.

Alex le fulminó con la mirada.

—Lo siento, pero voy a regresar. Me están dando calambres —se excusó.

Él la miró confundido dado que no había hecho ningún movimiento de incomodidad o dolor.

—Siéntate, te ayudaré —ofreció.

—Tengo calambres en el vientre. Por el periodo, no puedes hacer nada por mí.

—¡Oh!

—Adiós —se dio la vuelta y echó a andar.

—¡Espera! —Pidió Erik—, teníamos una conversación pendiente.

—Cierto, la novela, pero no puedo decir nada ahora que sé que la escribiste tú. No soy tan cruel.

Siguió su camino sin mirar hacia atrás.

En esos momentos solo podía hacer algo de lo que después se arrepentiría, por lo que lo mejor era escapar de la tentación y aguantarse las ganas de gritarle que ella era Scarlett Payne y que su trabajo era infinitamente mejor que el de él.

Tras darse una ducha y tomarse un té, Alex se sentía un poco mejor y más calmada. Lo suficiente como para ser capaz de pensar las cosas sin dejarse llevar por sus agitados sentimientos.

Por todo ello, había decidido mantener en secreto que sabía quién era Erik. En cualquier caso, tanto Harper como Pablo habían hecho lo mismo con ella, y, aunque podía entender que Harper temiera por su trabajo si ella descubría que era familia de su peor enemigo, su hermano no tenía ninguna excusa de que lo librara de lo que había hecho.

Lo único que tenía que hacer era asegurarse de que no coincidiera con todos ellos a la vez. Erik no tenía por qué decirle a Pablo que ella sabía a qué se dedicaba, ¿no? Después de todo, no era tan importante para él. Era solo la vecina con la que coincidía por las mañanas cuando salía a correr.

Capítulo 9

—¿Te llevas bien con tu primo? ¿Tenéis confianza el uno con el otro? — preguntó Alex en uno de los descansos que ella y Harper hacían para tomar el té.

—Lo hacíamos. Cuando éramos más jóvenes y él vivía en Birmingham —y añadió—, ninguno de los dos tenemos hermanos, por lo que estábamos muy unidos a pesar de que yo soy más joven.

—¿Ya no lo estáis?

—Las cosas cambiaron cuando se mudó.

A pesar de la enorme curiosidad que sentía por el tema, dado el modo en que lo estaba contando Harper, se mordió la lengua para no preguntar.

—En realidad se fue de casa muy joven y a mí me prohibieron tener contacto con él. —Se encogió de hombros—, jamás les hice caso, pero mi rebeldía no evitó que nuestra relación se enfriara.

—¿Quién te lo prohibió?

—Mi madre y la suya.

—¿Por qué? —no podía resistir más su curiosidad.

Harper suspiró con tristeza antes de retomar la conversación.

—La familia de mi madre es muy estricta. Mi abuelo fue el cabeza de familia hasta que murió el verano pasado. —Hizo una pausa para mirar a Alex con cierta vergüenza—. ¿Has oído hablar de la cadena hotelera Hetfields?

Alex no tuvo que pensarlo mucho ya que Hetfields era una gran corporación con hoteles de lujo en casi todo el globo terráqueo.

—Sí. Me he alojado alguna vez en uno de sus hoteles.

—Pertenece a mi familia. Mi madre y mi tía son actualmente las propietarias del setenta y tres por ciento de las acciones. Erik y yo disponemos de un cinco por ciento cada uno que nos legó nuestra abuela. Ese pequeño porcentaje que posee mi primo ha creado muchos conflictos en mi familia.

—¿Por qué?

—A mi primo le obligaron a estudiar economía y no protestó, lo enviaron a Estados Unidos a hacer un máster en dirección de empresas y también cedió, pero cuando se opusieron a que saliera con la mujer que él quería, no aceptó las imposiciones de mi familia, y si hay algo que mi abuelo no soportaba era la desobediencia. Él le pidió a Erik que se marchara con ella si tanto la quería y que se olvidara de que tenía una familia.

La mente de Alex comenzó a divagar, ordenando diversos escenarios de lo que podía haber sucedido, puesto que ya no estaban juntos las posibilidades eran infinitas y todas románticas. Que ella hubiera fallecido joven, dejándolo sumido en su dolor; que la familia de Harper la hubiera obligado a dejarle, que la hubieran sobornado para que lo dejara...

—¿Y dónde está ahora la chica? —preguntó deseando saber cuál de sus opciones era la correcta.

—Resultó no ser lo que él esperaba. Cuando vio que su familia lo repudiaba, lo dejó sin explicaciones, pero mi primo ya no estaba dispuesto a regresar a Birmingham.

—¡Vaya jugarreta!

—Tuvo que pasarlo bastante mal, y aun así salió adelante sin ayuda de nadie. Y lo peor es que su marcha me convirtió en la heredera de la compañía —lo dijo como si realmente fuera algo que no deseara.

Alex comenzó a sentir que había un motivo oculto tras las confesiones de Harper. La vez anterior, cuando le había preguntado por él se había mostrado esquiva y poco dada a la comunicación, ¿por qué estaba tan diligente hoy?

—¿Por qué me lo cuentas? La historia no deja en muy buen lugar a tu familia.

Harper se encogió de hombros con resignación. Todo lo que le había contado era cierto y por mucho que deseara hacerlo no podía cambiar la mentalidad de sus parientes.

—Me gustaría que lo entendieras un poco. Sé que no os conocéis mucho, pero después de todo es tu vecino. Y reconozco que, aunque a simple vista puede parecer un poco altivo. Solo es pose.

—¿Pose?

—A veces la gente que sufre prefiere no mostrar lo que siente y lo oculta tras una máscara de indiferencia, comicidad e incluso amabilidad.

Alex no protestó. Ella misma se volvía extremadamente educada cuando se sentía ofendida o dolida.

—¿Cómo se ha tomado tu familia que dejaras Birmingham? Por lo que me has contado no parecen ser del tipo comprensivo.

—No muy bien. Justin era el novio perfecto según mi madre. Creo que ella se llevó mayor desengaño cuando él me dejó. Tanto que, no solo permitió que viniera a Londres, sino que me alentó a hacerlo.

—A lo mejor se ha dado cuenta de que debe darte espacio.

—Mi familia no cambia. Aunque es de agradecer no tener asistir a tediosos eventos. Muy poca gente sabe que estoy en Londres.

La pelirroja no quiso insistir con preguntas incómodas.

Seguían charlando, cuando sonó el timbre de un modo un tanto artístico.

—¡Qué forma más original de llamar! —comentó Harper divertida.

Alex por su parte no se mostró tan contenta. Solo había una persona que llamara al timbre como si estuviera haciendo música, y esa era su madre.

Harper hizo amago de levantarse, pero la escritora la detuvo poniéndole una mano delante.

—No abras y no hagas ruido. ¡Es mi madre!

—¿Tu madre?

Antes de que pudiera responder escucharon el sonido de la puerta de entrada al cerrarse.

—¡Mierda! —masculló molesta—. Viene con el traidor.

Harper estaba totalmente desconcertada, pero entonces una mujer de unos cincuenta y muchos apareció por la puerta del despacho seguida por Pablo, quien por primera vez desde que lo conocía llevaba en los labios una sonrisa de disculpa.

—Hola, mamá. Qué encantadora sorpresa —saludó Alex levantándose de un salto para ir a besar las dos mejillas de la recién llegada.

Harper aprovechó para observarla. La mujer era muy atractiva, con el cabello por encima de los hombros, negro y ligeramente ondulado, con un flequillo recto y los mismos ojos que sus hijos. Casi sin darse cuenta Harper

pensó el Liz Taylor. La madre de Pablo tenía ese tipo de cuerpo voluptuoso de estrella de cine de los años cincuenta.

—¿Hola? —Preguntó la mujer en español—, ¿Cuándo tenías previsto venir a informarnos a tu padre y a mí de que habías regresado?

—Esta semana iba a ir a veros. Y no puedes decir que no te avisé, porque te llamé para contarte que estaba en Londres.

—Tres días después de que regresaras.

—Yo no... —se calló y fulminó a su hermano con la mirada por chivato.

Elena reparó en ese instante en Harper, por lo que cambió rápidamente su expresión malhumorada por una sonrisa. Pablo, que se había mantenido al margen, se acercó a Harper y se la presentó a su madre.

—Harper, esta preciosa mujer es nuestra madre, Elena —dijo con su encanto habitual.

Elena sonrió encantada con las zalamerías de su hijo.

—Encantada de conocerla —dijo Harper en el mismo idioma en que la mujer había estado hablando con su hija.

Inmediatamente, con el gesto, Harper se ganó el corazón de Elena.

—¿Hablas español? —preguntó tras estrecharle la mano que ella le había tendido.

—Sí. Mi familia ha veraneado en Mallorca desde que era una niña. De hecho, mi mejor amigo es español.

Elena aplaudió, encantada.

—Y dime, Harper, ¿eres la amiga de mi hija o la novia de Pablo?

Capítulo 10

Hacía tan solo diez minutos que Harper se había marchado a casa, después de la jornada de trabajo, cuando llamaron al timbre. Pablo jamás llamaba, sino que entraba directamente con su llave, por lo que Alex bajó a abrir entre la idea de que su asistente había regresado porque se había dejado algo, y el temor a que fuera otra inesperada visita de su madre.

No obstante, no fue ni Harper ni Elena a quien se encontró al abrir la puerta, sino a Erik, con una bolsa de papel de una famosa herboristería de Londres, en las manos.

—¿Erik? ¡Qué sorpresa! ¿Sucede algo?

De todas las personas en las que hubiese podido pensar que estaban al otro lado de su puerta él no aparecía en ninguna de sus quinielas.

Ni siquiera se había planteado cómo debía actuar con él cuando lo volviera a ver. Y allí estaba, plantado delante de ella vestido con ropa normal, que le sentaba tan estupendamente como lo hacían la camiseta y los pantalones cortos de correr.

—He pasado a ver cómo estabas. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. Gracias. —Hizo una honda inspiración—. Pero pasa, por favor.

—Gracias — dijo tendiéndole la bolsa—. Según me han dicho en la herboristería estas hierbas son milagrosas para los dolores menstruales.

La pelirroja lo miró con los ojos agrandados por la sorpresa y tardó más de lo debido en aceptar el obsequio.

—Muchas gracias. No tendrías que haberte molestado.

No entendió muy bien a qué venía el paquete hasta que recordó que había usado la menstruación como excusa para salir huyendo esa mañana. Eso sí que no se lo esperaba, se dijo, había sido todo un detalle por su parte.

—Ha sido un placer, me alegra que estés mejor.

—¿Quieres una taza de té? —le ofreció tratando de corresponder a su amabilidad.

Él sonrió con travesura.

—Solo si es té de verdad. Puede que las hierbas sean fantásticas y que cumplan con su cometido, pero huelen fatal.

—No te preocupes, es té de verdad.

—En ese caso permíteme que te ayude.

Alex asintió y le precedió de camino a la cocina.

Una vez allí sacó dos tazas del armario, azúcar, leche y lo puso todo en una bandeja mientras ponía el agua a hervir. En ese tiempo Erik permaneció a su lado. Solo se movió cuando la bandeja estuvo lista, entonces la llevó hasta la mesa de la cocina y se acomodó en una silla.

—Me gusta tu cocina —dijo—, es acogedora.

—Gracias. Imagino que la tuya será similar.

Él soltó una carcajada de profunda diversión.

—Nada que ver. La mía es un desastre. ¿Cómo es vivir en París? —Preguntó él de repente—. Cuando era más joven me imaginé viviendo en alguna buhardilla mugrienta del barrio latino escribiendo una novela capaz de ganar el premio nobel.

—Una imagen muy romántica, pero dudo que queden buhardillas cochambrosas libres. Están todas ocupadas por artistas potenciales —dijo burlona.

—¡Vaya! Acabas de cargarte mi sueño de un plumazo.

—¿Siempre quisiste escribir?

Alex llevó la tetera a la mesa y se sentó frente a Erik.

—Sí, aunque estudié empresariales.

—¿Por qué? No te pega.

Él pareció encantado con el comentario.

—La tradición familiar, supongo.

—¿Qué estudiaste tú?

—Lengua y literatura inglesa.

Erik no respondió a la confesión, sino que cambió rápidamente de tema.

—En realidad, además de para traerte las hierbas y asegurarme de que estabas bien, el motivo principal de mi visita era disculparte contigo.

—¿Por qué necesitas disculparte conmigo? —preguntó confusa.

No recordaba ningún momento en que él hubiese sido grosero, por lo que

el motivo de su disculpa se escapaba de su comprensión.

—El libro —confesó—, prácticamente te engañé para que lo leyeras. ¡No estuvo bien!

La pelirroja enarcó una ceja.

—¿Significa eso que tú no has cumplido con tu parte de la apuesta?

Erik sonrió más tranquilo.

—Soy un hombre de palabra y, aunque me moleste, he de reconocer que la vieja carca escribe bien.

Bueno, se dijo Alex, eso era también lo único que ella estaba dispuesta a decir del libro de Erik, lo que igualaba el marcador.

—Pienso lo mismo de E. J. Sullivan. Escribe bien, aunque le ha faltado conmovirme.

—Hablas de E. J. Sullivan como si fuera alguien diferente.

—Así es más fácil darte una opinión sincera. Se siente más impersonal que pensar en ti como el autor.

Erik asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Siguieron tomándose el té y dejaron el tema apartado, ya que ninguno de los dos se sentía cómodo hablando de él.

Independientemente de que se encontrara mal, Erik no podía quitarse de la cabeza que había huido despavorida al saber quién era en realidad. Motivo por el que había decidido visitarla y asegurarse de que todo estaba bien; no podía olvidar el hecho de que era la hermana de uno de sus mejores amigos.

Capítulo 11

El móvil de Harper vibró encima de su mesa, pero estaba tan absorta en el email que estaba escribiendo que lo dejó pasar hasta que lo hubo terminado y enviado.

Abrió el mensaje de *WhatsApp* sin saber quién se lo había enviado. En él le pedían que se pasara por su casa, aunque había un problema: no era un número que tuviera guardado.

—¡Qué extraño! —musitó.

—¿El qué?

—He recibido un mensaje, pero no sé quién me lo envía. Igual se han equivocado.

—Déjame ver —pidió Alex y alargó la mano para coger el teléfono que su asistente le tendía.

Con una simple mirada al número de teléfono supo de quién se trataba.

—Es el número de mi hermano. Quiere que vayas a su casa. —Se encogió de hombros—. Será cosa de su ordenador otra vez.

—Supongo. ¿Te importa si voy ahora?

—Claro que no. ¡Ve! No soy tan estricta.

Harper se levantó de su silla y se puso en marcha. Sentía mucha curiosidad por el motivo del mensaje de Pablo, aunque había fingido con Alex. Ella sabía que la causa del mensaje no podía ser el ordenador, a no ser, claro, que finalmente se hubiera averiado de verdad.

Tocó el timbre de casa del actor y esperó a que este le abriera. Cuando lo hizo se llevó una pequeña desilusión, ya que iba completamente vestido, nada de camisetas sin mangas ni pantalones cortos. Vestía un jersey verde botella y unos vaqueros negros, y dado que llevaba el cabello húmedo era evidente que ya había hecho ejercicio antes de que ella llegara.

Si hubiera leído el mensaje en cuanto le llegó seguramente habría llegado a tiempo de verle sudoroso y con poca ropa.

—Buenos días, ¿querías verme?

—Sí, pasa, por favor.

—¿Quieres un café o un refresco?

—No, gracias. Estoy bien —y añadió—. He de volver al trabajo así que dime qué necesitas. ¿Ha pasado algo nuevo entre Alex y Erik?

—No te he llamado por eso. Te he llamado para pedirte un favor.

—¿Un favor? ¿A mí?

—Sí, a ti. Dime que no tienes planes para esta noche.

—No los tengo.

Lo que era bastante triste dado que era viernes, pero había dejado a todas sus amigas y conocidos en Birmingham.

—¡Perfecto! ¿Serás mi acompañante esta noche en una gala benéfica a la que he de asistir? Mi cita me ha dejado colgado en el último momento y no estoy de humor para dramas.

—¿Por qué yo? Seguro que tienes otras opciones más interesantes.

—Como he dicho no estoy de humor para dramas. Además, tú eres perfecta por dos razones: la primera es que te prometí compensarte por las molestias que te he causado, y si vienes conmigo esta noche te vas a divertir, lo que me hará sentir que he pagado mi deuda; y la segunda y más importante, porque tú, a diferencia de las demás mujeres que conozco, no va a malinterpretar mi invitación ni mis atenciones.

Harper escuchó cómo su corazón se saltaba un latido. ¡Eso había sido directo! Nunca nadie le había dicho tan abiertamente que no estaba interesado en ella, pero ¿qué esperaba? ¡Nada! Se dijo, él tampoco le interesaba a ella por lo que estaban en paz. Aun así, el comentario resultó más hiriente de lo que Pablo hubiera pretendido.

Pensó en la propuesta de Pablo y en lo sola que se había sentido en Londres, donde no conocía a nadie... Y se planteó aceptarla. Después de todo, no era la primera vez que asistía a un evento de ese tipo. Por lo que no se sentiría incómoda ni fuera de lugar y, quién sabía, a lo mejor allí conocía a alguien de su edad con quien poder salir de fiesta de vez en cuando.

—¿Dónde es el evento?

—Aquí en Londres. En el hotel Hetfields.

La idea de asistir con Pablo a una fiesta organizada en su hotel, de repente,

se volvió interesante, se olvidó de sus intenciones de hacer amigos y se centró en él. No había duda de que el actor no tenía la menor idea de que su familia era la dueña del hotel donde se iba a celebrar el evento. Seguramente Erik no le había contado nada sobre su pasado en Birmingham y, aunque una parte de ella había tratado de fingir indiferencia ante sus palabras, de que ella no le malinterpretaría, otra parte, menos modesta, se molestó con que se lo hubiese dicho de ese modo tan frío. ¿Qué necesidad había de hacerlo? Después de todo ella jamás se le había insinuado ni le había dado a entender que pudiera estar interesada...

—¡Cuenta conmigo!

Pablo pareció sorprendido, como si en ningún momento hubiera creído que ella aceptaría.

—¡Estupendo! Te recojo a las siete, y como compensación te invito a cenar. No suele haber mucha comida en este tipo de fiestas, aunque no puedo decir lo mismo de la bebida, por lo que es mejor llegar con el estómago lleno.

—Me parece bien. ¿Hay alguna norma de etiqueta en la invitación?

Pablo se sorprendió de que supiera que solían darse ese tipo de indicaciones en las invitaciones formales, pero en lugar de preguntar cómo era que estaba al tanto de ello se limitó a negar con la cabeza.

—En ese caso un vestido de coctel servirá —murmuró para sí.

—Puedo hablar con mi estilista para que te haga llegar unos cuantos y elijas el que quieres ponerte. La parte mala es que tendrás que andar con mucho cuidado toda la noche, ya que hay que devolverlo en perfectas condiciones —ofreció consciente de que Harper no era como sus citas habituales, mujeres con las que se relacionaba en la alfombra roja y que disponían de sus propios recursos para vestir de alta costura.

—Gracias, eso no será necesario.

Aunque se planteó protestar no lo hizo. Podría resultar insultante que lo hiciera, como si dudara de su capacidad para conseguir un vestido adecuado. Además, la había invitado porque se sentía cómodo con ella. Obligarla a vestir a su gusto no era muy amable de su parte.

—¿Dónde he de recogerte?

—Nos vemos a las siete en el hall del hotel. La comida del restaurante es

muy buena, podemos cenar allí mismo.

—Como prefieras.

Estaba tan sorprendido de que ella hubiera aceptado y de que se mostrara tan resuelta que ni siquiera se dio cuenta de su alusión al restaurante del hotel.

—¡Necesito un vestido! —anunció Harper en cuanto entró en el despacho donde Alex navegaba por la red en busca de un veneno que no dejase rastro en una autopsia.

—¿Para qué? —preguntó sin apartar la mirada de la pantalla.

—He aceptado ser la acompañante de tu hermano en una fiesta a la que asistirá esta noche.

—Creía que estabas cansada de fiestas —comentó centrado toda su atención en su asistente.

—Eso era en Birmingham. Aquí no conozco a nadie y me aburro como una ostra cada fin de semana.

Alex se levantó de la silla.

—Entonces vámonos ahora mismo.

—¿Adónde?

—A Chanel, por supuesto, y después al salón de belleza. Si no estás a la altura de las circunstancias, mañana a estas horas te estarán despellejando en todos los tabloides de Inglaterra.

Harper sonrió con timidez.

—No me gusta ir de compras y tampoco me atrae mucho Chanel, prefiero Dior o incluso Dolce & Gabbana.

Alex soltó una carcajada de diversión. No se esperaba esa respuesta, aunque si tenía en cuenta que era la heredera de Hetfields debía de saber bien de lo que hablaba. Por mucho que su aspecto diario no fuera el de una adicta a la moda, lo cierto era que su ropa era de calidad y de un gusto asombroso para los bolsos.

—De vez en cuando hay que hacer sacrificios —dijo tirando de ella—, y te aseguro que vas a estar más guapa vestida de Chanel que de Dior.

—Si tú lo dices... Pero ¿por qué narices le habré dicho que sí?

—No es culpa tuya. Hace falta mucha fuerza de voluntad para negarle algo

a mi hermano.

—No es por eso. Tu hermano no me gusta —comentó siguiéndola—, ha sido cosa de mi orgullo.

Capítulo 12

Harper tenía que reconocer que Alex sabía de moda. Ya lo pensaba antes de salir de compras con ella, solo por el modo en que vestía y, ahora que había ido con ella estaba segura de que sabía lo que hacía.

A pesar de sus objeciones iniciales, le tenía que dar la razón a Alex porque había acertado con la propuesta y que la *maison* Chanel seguía siendo la reina indiscutible del *little black dress*.

Lo mismo había sucedido en el salón de belleza. Aunque inicialmente se había mostrado reacia a permitir que le cortaran el pelo, no podía más que reconocer que la media melena que le había dejado la estilista activaba sus ondas naturales y acentuaba su cara con forma de corazón. Lo mismo que el maquillaje, suave en los labios y que centraba el foco de atención en sus ojos destacándolos con el *eyeliner* negro.

Se echó un último vistazo en el enorme espejo del baño y aprobó lo que veía. El vestido le llegaba a medio muslo, ceñido de cintura para arriba con un cuello chimenea y un poco de vuelo en la falda, todo ello en seda negra. Las mangas estaban hechas de encaje de seda y se abrían desde los hombros. Llevaba un pequeño bolso acolchado negro con cadena y cierre dorado, un clásico de la firma, y unos zapatos de tacón en el mismo tono negro.

Sonrió satisfecha consigo misma, se sentía especialmente atractiva, lo que le daba cierta seguridad.

Captó la atención de varios huéspedes cuando se paró en el hall para esperar a Pablo. No llevaba allí ni treinta segundos cuando una mano se posó sobre su hombro. Se dio la vuelta para ver quién era y se topó con los ojos verdeazulados del actor que la miraban con abierta admiración.

—¡Estás preciosa, señorita! —La saludó con embeleso—. ¿Te has cortado

el pelo?

Harper asintió.

—Pues te queda fenomenal.

—¡Gracias! Tú también estás muy guapo.

Sonriendo le ofreció el brazo para escoltarla hasta el restaurante. Harper lo aceptó consciente de que tocar a Pablo la ponía más nerviosa de lo que debería.

Así, cogidos, cruzaron el vestíbulo y subieron en ascensor hasta la última planta, donde estaba ubicado el restaurante. Allí fueron recibidos por el *maître*.

—Bienvenida, señorita Morgan, le hemos reservado su mesa favorita. — El hombre hizo una breve inclinación de cabeza en dirección a su acompañante—. Señor Duarte, un placer volver a verle.

—Gracias, Jules —respondió Harper con amabilidad.

Pablo mantuvo su expresión impassible a pesar de la sorpresa que supuso que, tanto el *maître* como Harper, se conocieran hasta el punto de saber el nombre del otro. No obstante, no dijo nada y Harper alabó mentalmente su templanza. No fue hasta que estuvieron sentados en la mejor mesa del restaurante que abordó el tema.

—¿Por qué tengo la sensación de que eres más famosa que yo?

Ella sonrió divertida.

—Supongo que no suele pasarte muy a menudo.

Él le devolvió la sonrisa, pero la curiosidad seguía en sus ojos.

—No es por presumir, pero lo cierto es que no.

Ella sonrió antes de responder. Se lo estaba pasando muy bien, pensó, tanto, que casi se había olvidado del hecho de que Pablo la había advertido de que no se tomara en serio sus atenciones. Casi.

El recuerdo la puso momentáneamente de mal humor.

—No te emociones mucho, pero esta noche vas a probar la mejor cena que hayas comido aquí nunca. El chef se va a esmerar, aunque siento decirte que no será por ti.

Pablo la observó sin parpadear unos instantes antes de sonreír abiertamente.

—¿Ya he metido la pata? ¿Tan pronto? Normalmente llego al postre sin incidentes.

Ella negó con la cabeza poco dispuesta a contarle los motivos por los que se había sentido ofendida.

—¿No vas a decirme por qué parecen adorarte todos los empleados? —preguntó Pablo dejando correr la pregunta anterior.

Harper se encogió de hombros.

—No te lo tomes como algo personal, es solo que aquí los empleados están más interesados en ser amables conmigo que contigo.

—¿Por qué? —preguntó confundido—. Suelo caerle muy bien a la gente —bromeó.

—Entre otras cosas porque me hospedo aquí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que llegué a Londres.

—Creía que viniste hasta aquí a buscar trabajo.

—En realidad buscaba cambiar de aires, aunque el trabajo también era importante.

—¿Y cómo puedes... —carraspeó antes de seguir—, pagar esto?

La expresión de Harper se tornó en pura diversión.

—No pago nada por estar aquí. El hotel pertenece a mi familia.

—Ya veo —dijo y no volvió a sacar el tema.

Del mismo modo tampoco trató de ahondar en los pormenores de lo que le había contado. Se limitó a hablar de otras cosas, aunque parecía más serio que cuando se encontraron en el vestíbulo del hotel.

La cena fue agradable y entre ambos se instaló una sincera complicidad.

La idea inicial de Pablo al invitarla había sido esa, pasar una velada agradable con una mujer guapa que no tratara de presionarlo para que etiquetara su relación.

Desde el primer instante en que la conoció se sintió cómodo con ella. Harper no le pidió una foto o un autógrafo, y pareció más impactada porque fuera el hermano mellizo de su jefa que por él mismo. Y, aunque, en un primer momento eso le molestó, como cuando descubrió que ni siquiera sabía que era daltónico, lo que certificaba que no era una de sus seguidoras; después

aprendió a valorar el hecho de que cuando estaba con Harper era solamente un ser humano más. Una persona relativamente normal. Algo que solo le sucedía con muy contadas amistades.

Al llegar a la fiesta, Pablo se vio obligado a saludar a varios asistentes, por lo que se separó momentáneamente de Harper. Su preocupación inicial por dejarla sola se esfumó por completo en cuanto la vio hablando con varias personas a las que al parecer conocía.

No obstante, no pudo dejar de observarla de cerca mientras hablaba con una de ellas, ya que la expresión de su amiga era de profundo desdén y, quizás, algo parecido a la rabia.

—¿Harper?

—Hola, Justin.

—¡Qué agradable sorpresa! —comentó el hombre con auténtica felicidad.

Tenía el cabello un poco más oscuro que el de Harper, era alto y atlético, pero algo en su rostro, quizás sus pobladas cejas, le daban un aspecto demasiado meditabundo, pensó Pablo, que no les quitaba la vista de encima.

Harper miró su copa, casi vacía, y se preguntó si la efusividad de su saludo se debía al alcohol ingerido.

—Será para ti. De hecho, me sorprende que te hayan permitido la entrada al hotel. Imaginaba que mi madre se habría encargado de todo.

Justin la miró sorprendido por su respuesta.

—¿Qué sucede? Somos amigos.

—No lo somos. De hecho, estoy segura de que nunca lo fuimos —y añadió en un tono todavía más tirante—, puede que no lo sepas, pero a los amigos no se les engaña.

—¿Has venido sola? —Dijo sin hacer caso a sus palabras—. Deja que te pida una copa.

—No, y no, gracias.

—Harper, estás aquí —comentó Pablo acercándose a ella y pasándole el brazo por la cintura—. Te estaba buscando.

—Pues aquí estoy —musitó ella, confundida por la actitud de su acompañante.

—¡Harper! —protestó Justin que se sentía excluido.

Pablo la miró en silencio como si esperara una presentación, pero ella no estaba por la labor de ser amable con su ex.

—¿Nos vamos? —pidió como si Justin no estuviera allí plantado frente a ella.

—Por supuesto.

Sin dejar de sujetarla por la cintura Pablo echó a andar alejándose de un estupefacto Justin.

—¿Quién era ese? —Preguntó Pablo cuando estuvieron lo bastante lejos —. No parecía caerte muy bien.

—Así es, es mi ex prometido.

La tranquilidad con la que lo dijo y el contenido de la frase en sí sorprendieron al actor que no pudo evitar preguntar:

—¿Qué pasó?

—Me dejó por otra.

—¡Vaya! Entiendo entonces que no me lo presentaras.

—Me caes demasiado bien como para hacer eso —bromeó Harper consiguiendo que Pablo sintiera un inesperado pinchazo en el pecho.

—¿Qué te parece si hacemos que se arrepienta? —ofreció al tiempo que se agachaba y le posaba un beso en la mejilla.

—Hay fotografías —protestó ella sonriendo—, no deberías hacer eso.

Con una sonrisa traviesa volvió a besarla en la mejilla, aunque esta vez se demoró más en el beso.

—No hay nadie mirando más que el tal Justin, y lo cierto es que ha merecido la pena el riesgo solo para verle la cara de espanto —dijo riendo.

—Eres un caso —comentó Harper.

—¡Gracias!

—¿Por qué me das las gracias?

—Creo que es la primera vez que me divierto en una fiesta de estas.

—¡De nada! Ha merecido la pena —y añadió con una sonrisa en la voz—, aunque solo sea por verle la cara a Justin cuando me has besado.

Capítulo 13

Tras la visita de Erik, con la bolsa de hierbas, Alex había comenzado a plantearse que, tal vez, la percepción que tenía de E. J. Sullivan no se correspondía con la persona que realmente era.

Para asegurarse de ello, decidió revisar sus enfrentamientos. Después de todo, solo tenía que teclear una frase en Google para encontrar todas y cada una de las páginas en las que aparecieran los comentarios del autor sobre ella o sobre su trabajo, y por consiguiente sus propias respuestas.

Una cosa era tratar de conciliar a su atento vecino con su enemigo literario y, otra muy distinta, auto engañarse y pretender que la rivalidad no existía.

Con esa idea en mente se dedicó a leer los mensajes y, aunque hubo momentos en los que le hubiera gustado tenerlo cerca para decirle cuatro cosas, la mayoría de sus opiniones eran especulaciones, como las que había compartido con ella acerca de la edad o la modernidad de Scarlett Payne. Nada grave que hiciera insalvable su recién estrenada amistad.

Aun así, Alex tenía que valorar dos cosas: ¿era tan importante que él supiera que ella era Scarlett Payne? Muchas de sus amistades desconocían ese hecho, ¿qué hacía a Erik diferente del resto? ¿Qué era E. J. Sullivan? Y de ser así, ¿era ese motivo suficiente como para desvelarle un secreto que guardaba prácticamente a la totalidad del mundo?

Dándole vueltas a esa idea, se metió en la cama y se puso a buscar a Erik en las redes sociales. Lo primero que le salió al teclear su nombre fue su página web, pero como ya la conocía no volvió a entrar.

En Facebook había seis Erik Sullivan y ninguno de ellos era su vecino. Probó añadiéndole la J, letra que, por cierto, la tuvo sus buenos diez minutos de investigación para saber a qué nombre correspondía, pero ni en la web de la editorial ni en la del propio autor desvelaban el misterio. Siguió buscando en Facebook, esta vez con el nombre completo, la J misteriosa y el apellido, pero tampoco dio con él, y lo único que apareció cuando puso las iniciales con su nombre y apellido fue la página de autor que llevaba otra persona. No

es que le interesara especialmente ya que lo que Alex quería era ver fotos de Erik Sullivan, cuanto más comprometidas mejor, no imágenes de presentaciones de libros de E. J. Sullivan.

Decidió probar suerte en Instagram, después de todo era viernes, por lo que al día siguiente no tenía que madrugar y tampoco tenía previsto salir a correr.

Iba a dedicar el sábado a mimarse: dormiría hasta que tuviera ganas y, cuando se despertara, desayunaría como una reina y se daría un baño. Tras eso leería por puro placer, nada que tuviera que ver con investigación de venenos o autopsias; y cuando fuera la hora de comer elegiría el menú y buscaría el mejor restaurante para disfrutarlo... Su meta era pasarse el día entero sin mover un dedo.

Se durmió pensando en que no tenía el teléfono de Erik, no es que lo necesitara y, además, vivía solo a unos pasos de distancia. Más bien se trataba de que en la época en la que vivía se le hacía raro no tener su teléfono .

El sábado, tal y como había previsto, Alex salió de casa perfectamente arreglada y decidida a comer fuera. Se había cansado de los sándwiches y de los platos precocinados; era fin de semana y se merecía una buena comida.

Estuvo tentada de llamar a Harper para invitarla a acompañarla, y de paso interrogarla sobre cómo había ido la velada, pero dado que su hermano no había dado señales de vida, supuso que la fiesta había terminado tarde, por lo que optó por no molestar.

Estaba cerrando la verja del jardín cuando vio que Erik también salía de su casa en ese momento.

—Hola, Alex —saludó.

Ella le devolvió el saludo con la mano y esperó a que él saliera y se acercara hasta donde estaba.

La noche anterior, antes de caer rendida por el sueño había tomado la decisión de no decirle quien era, ya que al ocultárselo solo estaba manteniendo su decisión inicial de usar seudónimo.

Además, era el único modo en que podría conocerlo realmente, sin que entraran en el juego los prejuicios y las suposiciones.

—¿Dónde vas a estas horas? —preguntó él con curiosidad.

—He decidido no cocinar, así que voy a buscar un sitio para comer.

—¿Quieres compañía? —ofreció. Precisamente él buscaba lo mismo.

Normalmente le gustaba guisar, por eso su cocina siempre estaba hecha un desastre, pero ese sábado había optado por dejar que alguien se encargara de ponerle la comida delante sin tener que arremangarse.

—Por supuesto, pero antes tengo que ponerte al día de mis normas, así si no te gustan puedes escapar ahora que estás a tiempo.

—Me parece justo.

Alex asintió con una sonrisa.

—Nada de comida picante, nada de comida cruda y, por supuesto, nada de carnes exóticas.

Erik no pudo aguantarse la curiosidad.

—Lo que deja fuera la comida mexicana y la mayoría de la asiática, pero me queda una duda, ¿qué son las carnes exóticas?

—Prefiero no entrar en detalles, solo de pensar en ello me da dolor de estómago. No obstante, si tienes alguna duda puedes preguntar y te diré si entra dentro o no de esa categoría.

—¡De acuerdo! —aceptó fascinado por ella.

—Entonces ¿te animas?

Erik sonrió con picardía.

—La duda ofende. Puedo preguntar ¿qué opinas de Nemo?

—¿De quién?

—Nemo de Buscando a Nemo —explicó.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Trato de asegurarme de que no le pones pegas al *fish and chips*. Tengo la sensación de que eres un poco sentimental.

Alex sonrió como una tonta al ver el interés que él ponía en sus manías.

—El *fish and chips* es perfecto.

Capítulo 14

El restaurante de *Fish and chips* al que Erik la había llevado era realmente acogedor, con su estilo rústico marinero: las mesas y bancos de madera, las redes de pesca colgando de las paredes y las botellas de ron reconvertidas en pequeñas lámparas estratégicamente colocadas sobre cada una de las mesas lo que lo convertían en un espacio mágico. No obstante, la joya de la corona era la magnífica ancla colgada de la pared principal y que la gente usaba como perchero.

—Este sitio tiene encanto —reconoció Alex cuando la dueña los acompañó hasta la zona más íntima del restaurante.

—¿Te gusta? Suelo venir aquí cuando tengo poco tiempo para comer o cuando no tengo ganas de complicarme mucho con la comida.

—¡Me gusta!

—Pues espera a probar lo que prepara Ethel y verás.

—Lo estoy deseando.

Como si hubiera adivinado que era el momento perfecto para hacer su aparición, la camarera se acercó a ellos y tomó nota de su pedido.

La conversación siguió con el tema de la comida y ambos expusieron sus gustos y manías en esa materia.

Cuando finalmente les sirvieron lo que habían pedido, Alex tuvo que reconocer que todo estaba delicioso, desde el clásico pescado frito con patatas hasta los mejillones con salsa que les sirvieron.

Durante unos minutos apenas cruzaron palabra, demasiado absortos en la comida como para perder el tiempo hablando.

—¿Qué hacías en París? —preguntó Erik cuando llevaba consumida más de la mitad de la comida de su plato.

—Lo mismo que aquí.

Asintió con una sonrisa.

—De acuerdo, ¿a qué te dedicas?

Como tenía previsto que la pregunta surgiera en algún momento determinado, Alex ya tenía prevista una respuesta. Una que fuera lo más parecido a la verdad.

—Soy editora externa.

Trabajo que creyó que era el oficio de él cuando lo conoció.

—¿Y qué haces exactamente como editora? ¿Qué tipo de obras editas?

—Principalmente novela romántica. —De acuerdo, su idea inicial de mentir lo menos posible se estaba yendo al garete por momentos—. Pero hoy es sábado y no me apetece hablar de trabajo —dijo tratando de no ampliar sus mentiras.

—Totalmente de acuerdo. ¿Tienes planes para después de comer?

—No. Estaba tan hambrienta que mi cerebro no había ido más allá.

En el rostro de Erik se instaló una calculadora sonrisa.

—¿Te apetece ir al cine? Cada sábado, durante los meses de abril y mayo, están reponiendo la filmografía de Tarantino en el cine *Empire*.

—¿Tarantino?

—Muchas de sus películas son un clásico. Además, es una fuente de inspiración para alguien que escribe el género que yo escribo.

—Me gusta más Hitchcock.

—Otro clásico, solo que este le pega más a Scarlett Payne que a mí. Ya sabes, por temas de edad y de más. Aunque he de reconocer que algunas de sus películas son auténticas obras de arte del cine.

Pretendía que su alusión a Scarlett sonara como una broma, pero Alex no lo sintió cómo tal.

—¿Qué película ponen esta tarde?

—Tú asesina que nosotras limpiamos la sangre.

—Un título sugerente donde los haya. No hay duda de que te pega.

Asintió sin ninguna indicación de que se hubiera sentido ofendido.

—Entonces, ¿te animas?

—No tengo nada mejor que hacer.

Erik sonrió divertido.

—Tú sí que sabes cómo subirle la moral a un hombre.

Alex estaba comenzando a entender por qué la gente tenía citas en el cine: era un sitio oscuro, donde era inevitable el rozar a tu acompañante, por lo limitado del espacio, y no había duda de que el ambiente, que les obligaba a hablar en susurros, propiciaba las confidencias.

La película hacía honor a su nombre con grandes escenas de sangre, no obstante, era entretenida e incluso divertida en algunos puntos.

Se notaba que era de los primeros filmes del director, pero ya se adivinaban rasgos de lo que terminaría siendo su estilo personal.

—¿Qué te parece? —preguntó Erik susurrándole en el oído.

Se había acercado tanto que su aroma le llegó con mayor intensidad que nunca.

—No está mal.

Él rio sin hacer ruido.

—Si te apetece, después puedo llevarte a mi librería favorita —ofreció.

Alex no respondió inmediatamente. De algún modo la suerte había sido una constante en su relación. Primero habían coincidido al hacer ejercicio, e incluso, ese mismo día había hecho que acabara comiendo con él.

No obstante, los siguientes pasos que estaban dando eran una elección propia y personal, como aceptar su invitación al cine y a una librería.

Alex se preguntó si Erik era consciente de que era incapaz de negarse a nada que contuviera la palabra mágica: librería.

—Me apetece —concedió, ¿para qué negarse si realmente deseaba ir? El problema era que la situación se parecía cada vez más a una cita.

La película mejoró bastante con el final, por lo que ambos terminaron satisfechos con la experiencia. Fueron a la librería paseando, lo que aumentó todavía más si cabe la percepción de que Alex de que estaba en una cita. Comenzaba a plantearse si esta se extendería hasta la hora de la cena, pero cuando llegaron a su destino y, como si hubiera caído en un hechizo, se olvidó de su acompañante y se perdió entre estanterías y estanterías de libros viejos.

El aroma que desprendían era tan adictivo que durante una hora no se acordó de nada más. No le extrañaba que fuera la librería favorita de Erik; entre sus estanterías Alex encontró libros tan raros y viejos como el *Tratado para el uso del arsénico con fines medicinales*, como si eso fuera posible, o,

una primera edición de la obra *Vindicación de los derechos de la mujer* de Mary Wollstonecraft.

Llevaba tres ejemplares debajo del brazo, y estaba dispuesta a buscar alguno más que comprar, cuando Erik se le acercó con un libro en las manos.

—¿Nos vamos? Es tarde.

Alex asintió a la espera de que le ofreciera cenar juntos, pero la invitación no llegó.

¿Habría quedado ya con alguien para cenar y por eso no la invitaba a ella? Descartó la idea al momento, ¿por qué si no iba a pasar el día con ella si ya tenía una cita para cenar? Seguramente esperaría a que salieran de la librería para hacerle la oferta, se dijo.

No obstante, tras pagar los libros y salir del local la invitación también se resistió.

—¿Te parece bien que volvamos en taxi? Debes estar cansada. Llevamos todo el día andando de aquí para allá.

—Estoy bien.

Erik no aceptó su palabra y paró un coche para que los llevara a casa.

—Lo he pasado muy bien. Gracias por tu compañía —se despidió una vez que estuvieron frente a la casa de Alex.

—Igualmente. ¿Qué te parece si la próxima vez me toca a mí mostrarte el Londres que me gusta? —ofreció en un impulso.

—Eso sería genial —aceptó él.

—Así quedamos. Buenas noches.

—Buenas noches, Alex.

Pues nada de cena, pero otra cita larga era casi mejor que una cena. Las cenas estaban sobrevaloradas, se dijo, encantada con el resultado. Con el ánimo más feliz que durante el trayecto a casa entró en su hogar con la idea de ducharse, ponerse cómoda y pedir comida a domicilio.

El domingo se levantó temprano para ser el día que era, y se pasó toda la mañana asomándose discretamente por la ventana para ver si veía a Erik salir.

No tenía previsto salir a correr, pero por si él lo hacía se había puesto una camiseta, mallas de yoga y zapatillas.

No llegó a verle, aunque en su faceta de espía se topó con algo que la dejó

con la boca abierta durante casi tres minutos.

¿Qué hacía Harper cargada de maletas y metiéndose con ellas en casa de su hermano?

Capítulo 15

Harper se despertó con Lorde cantándole al oído. Sonrió encantada, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de sueños tan vividos. Lorde siguió cantando su Supercut, una y otra vez el mismo estribillo, hasta que, finalmente una bombilla se encendió en su adormilado cerebro y Harper, al fin, comprendió que no era Lorde sino su teléfono quien cantaba.

Abrió los ojos desubicada y buscó con la mano el maldito móvil que la había despertado. Sin molestarse en comprobar quién era respondió adormecida.

—¿Sí?

—¡Harper! —Gritó su madre—. ¿Cómo no nos habías dicho nada ni a mi ni a tu tía?

—¿De qué hablas, mamá?

—¿De qué voy a hablar? ¡De lo que habla todo el mundo! ¡Estoy tan contenta, hija! ¡Pablo Duarte es tan guapo!

La mención de Pablo logró que se despertara completamente.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que estáis juntos. A estas horas ya lo sabe media Inglaterra —murmuró su madre para sí misma.

—Fui su acompañante en una fiesta ayer. Eso es todo.

—Harper, no creo que hagas ciertas cosas con...

Las insistentes llamadas en la puerta de la suite de Harper la sacaron de golpe del monólogo de su madre. Se levantó de la cama y cruzó la sala de estar para ir a abrir la puerta mientras trataba de comprender la atropellada charla de su progenitora.

—Mamá, tengo que dejarte, están llamando a la puerta.

—Pero...

—¡Te quiero! Te llamaré después.

Iba descalza y con el pelo todavía revuelto. Ella no había llamado al

servicio de habitaciones, por lo que era imposible que fuera el desayuno, no obstante, fuera quien fuera el que estuviera al otro lado de la puerta no pensaba rendirse hasta que le abrieran.

Sin siquiera pensar en ponerse algo menos revelador que el camisón que llevaba puesto, abrió para darse de bruces con el culpable de que su madre la hubiera despertado tan pronto un sábado.

—¡Cuéntame que narices está pasando!

—Tienes que ser mi novia —pidió Pablo—. Por cierto, estás impresionante en camisón.

Harper cruzó los brazos sobre el pecho para cubrirse.

—¿De qué hablas?

Él entró en la suite sin muchos miramientos y se encaminó hasta la sala de estar donde se dejó caer sin preocupaciones en el sofá.

—Mi imagen no puede soportar otro escándalo —anunció—. Estoy en negociaciones para un papel.

—¿Puedes explicarte mejor?

—Hay fotos nuestras por todas partes.

—¿Y? Estábamos en una fiesta solidaria, es lógico que haya fotos. Fui tu acompañante. Sabías que podía suceder cuando me invitaste.

—En primer lugar, cuando te invité no sabía que eras una heredera y que, por tanto, serías de interés para la prensa y, en segundo lugar, no son fotos normales. En ellas aparecemos muy acaramelados.

—No es posible. Nunca estuvimos tan cerca.

—Te besé —le recordó muy serio.

—En la mejilla y tampoco veo qué tienen que ver las fotos con la posibilidad de que te den un papel.

—Tiene mucho que ver. Los productores son muy conservadores, por lo que no aceptarán otro escándalo de la estrella de la película.

—Las fotos no pueden ser tan malas. No pasó nada entre nosotros.

Pablo la miró con cierta expresión de lástima.

—Eso no importa. Dependiendo del ángulo, una situación inocente puede parecer otra cosa y eso es, precisamente, lo que parece en las fotos.

Harper suspiró exasperada.

—A ver, deja que lo juzgue por mí misma.

Pablo alzó el trasero del sofá sin levantarse y sacó su teléfono del bolsillo de su pantalón, lo desbloqueó, accedió a la galería y se las pasó para que lo viera.

Las caras de espanto que Harper ponía le dieron la información correcta a Pablo sobre lo que pensaba su *partner in crime*.

—¿Qué vamos a hacer? Parece que... Parece... Bueno, ya sabes lo que parece. Tú nunca me besaste ahí.

—¡Lo sé! Pero parece que sí. No nos queda otra.

—¿Qué significa eso?

—Que desde este momento eres mi novia oficial. Puedes estar orgullosa, eso es más de lo que ninguna mujer ha conseguido de mí.

—¿Y por qué iba a aceptar yo semejante disparate?

—Me lo debes por ayudarte con tu ex.

—Ayuda que yo no pedí —aclaró Harper.

Pablo arqueó una ceja.

—Pero la disfrutaste.

Harper no dijo nada durante los siguientes quince segundos. No podía negarlo porque ella misma lo había admitido en la fiesta. Además, Pablo parecía realmente necesitado de ayuda y, no podía olvidar que tenía un trabajo que le encantaba gracias a él.

Lo mínimo que podía hacer era solidarizarse con él y ayudarle a conseguir el papel. Si para eso tenía que fingir ser su novia, el asunto no era tan malo, había cosas peores que ser la novia de Pablo Duarte.

—¡De acuerdo! Te ayudaré.

Él se inclinó en un arrebato y la besó en la mejilla.

—¿Necesitas ayuda para traer tus cosas?

—¿Qué quieres decir?

—Tienes que mudarte a mi casa. Se supone que somos pareja.

—¡Estás loco!

—¿Así es como tratas a tu novio? Acabamos de empezar a salir y ya me estás insultando.

—No tiene gracia —protestó ella.

—Un poco sí. —Le guiñó el ojo—. Tenemos que hacerlo bien. Y rápido, antes de que la prensa se congregate a las puertas de la urbanización para tratar de pillarnos.

—Pero si ya tienen fotos nuestras.

—La prensa gráfica es insaciable, siempre quiere más —explicó Pablo con aparente resignación.

—Si me mudo a tu casa mi madre tardará menos de veinticuatro horas en comenzar a planear nuestra boda.

Él sonrió incrédulo.

—Ya me ha llamado para decirme lo contenta que está con que salgamos. Al parecer es una de tus fans.

Su sonrisa se amplió.

—Me cae bien mi suegra.

Capítulo 16

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Alex en cuanto Pablo abrió la puerta de su casa.

—Harper, Alex está aquí —dijo Pablo alzando la voz para que esta lo escuchara desde el dormitorio.

Unos segundos después, Harper comenzó a bajar las escaleras con total tranquilidad, como si fuera lo más normal que se hubiera mudado allí.

—Hola, Alex —saludó su asistente sin perder la sonrisa.

La escritora paseó la mirada de uno a otro, pero se mantuvo en silencio sin saber qué decir.

Fue Harper la que se dio cuenta de la situación.

—¿No se lo has contado? —le preguntó a Pablo.

El actor se encogió de hombros.

—No he tenido tiempo. He ido a buscarte a primera hora, ¿recuerdas?

—¿Qué es lo que tendría que haberme dicho?

—Harper es mi novia —dijo Pablo y añadió muy serio—, mi novia formal.

La rubia soltó una risita divertida y se tapó la boca con la mano para disimularlo.

—¡No te rías! —Pidió él fingiéndose indignado—. Menos mal que mi ego está a la altura de mi fascinante personalidad...

Ella le dio un golpecito coqueto en el hombro.

—Te estás divirtiendo a mi costa —lo acusó Harper mientras Alex observaba el intercambio de la pareja sin entender nada.

¿En qué momento habían comenzado a salir? Y ¿por qué iba su relación tan rápido que ya estaban viviendo juntos? Su hermano no era de ese tipo de hombres que caían rendidos por una mujer atractiva. Él valoraba su independencia hasta el punto de que ni siquiera era capaz de compartir casa con su hermana.

La semana que Alex había vivido en su casa, tras regresar de París, había sido incómoda precisamente por ese afán de Pablo de no sentirse atado a nada ni a nadie.

—¿De verdad salís?

—No —contestó Harper.

—Sí —fue la respuesta de Pablo que fulminó a su *novia* con la mirada—. Habíamos quedado en que no se lo íbamos a contar a nadie.

—Alex es tu hermana y mi jefa. No es *nadie* sino *alguien*.

—Gracias, Harper. —Agradeció la aludida—. ¿Entonces?

La rubia miró a Pablo, pero este, visiblemente molesto, le hizo un gesto con la mano para que fuera ella quien lo explicara todo.

—Ayer nos sacaron unas fotos comprometidas.

—¿Cómo de comprometidas?

—Están por todas partes —dijo sin detallar el contenido.

Alex sacó el móvil y se encaminó a la cocina. A medio camino se dio la vuelta para comprobar que la seguían.

—¿Qué hacéis? Necesito un té para asimilar lo que me estáis contando.

Una vez en la cocina, Alex se sentó y buscó en la página que le dijo Harper mientras Pablo ponía agua a calentar para su hermana y preparaba café para él y su nueva compañera de casa.

—¡Vaya! Sí que es un poco comprometida —aceptó la pelirroja—, pero ¿cómo se te ocurre besarle el pecho en medio de una fiesta?

Harper comenzó a toser estrepitosamente sin motivo aparente, ya que Pablo acababa de ponerle delante la taza y ni siquiera le había dado un sorbo al café.

—No me besó el pecho. Nunca estuvo tan cerca de él.

—¿Entonces?

—Es el ángulo —explicó Pablo.

—Parece muy real —insistió Alex.

Siguieron hablando del tema y de los planes de ambos para hacer creer a los productores de la nueva película en la que Pablo quería trabajar, que eran una pareja seria.

Con esa idea en mente habían decidido no contarle a nadie acerca de la falsedad de su relación.

—Vais a tener que ser cariñosos en público —anunció Alex—, por lo menos para que os hagan fotos menos... llamativas.

—¡Eso es cierto! —Aceptó Pablo—. De hecho, es una idea estupenda. Su hermana se hinchó de orgullo.

—Por supuesto, soy una novelista de éxito.

—Una cita es la mejor opción —siguió hablando Alex—. Os dais un par de besos románticos y listo. No habrá nadie que dude de vuestro amor. ¿Vais a poder besaros?

—Soy un actor —declaró Pablo—, puedo hacer cualquier cosa.

Harper sintió como si la hubieran abofeteado. Ninguno de los dos hermanos tenía el menor tacto. Aunque inicialmente no lo había considerado, ahora que los veía de cerca y que los escuchaba razonar se dio cuenta de que se parecían más de lo que hubiera podido imaginar.

—Yo no sé actuar. ¡Lo siento!

Alex se dio cuenta en ese instante de que había ido demasiado lejos con sus comentarios; había estado tan absorta montando el show que ni siquiera se había planteado cómo se iba a sentir Harper al respecto.

—Un beso siempre es un beso —apuntó Pablo sin darse cuenta de nada.

Con sutileza Alex cambió de tema y se quedó con ellos una media hora más, después se levantó alegando que tenía cosas que hacer en casa y se marchó impidiendo que Pablo la acompañara a la puerta.

—Acábate el café. Conozco el camino.

Estaba cerrando tras de sí, cuando al girarse para regresar a casa se topó con Erik cruzando el jardín.

—Hola.

—¿Tú también lo has visto? —Preguntó Erik de mal humor—. Voy a descuartizar a tu hermano.

—Estoy segura de que sabes cómo deshacerte de un cadáver, pero será mejor que antes vengas a casa a tomar un té.

—Preferiría hablar con tu hermano.

—¿Esperas que te deje después de amenazar con matarlo? —Dijo

bromeando—. Puede que sea insufrible, pero es el único hermano que tengo.

Su broma logró que Erik se relajara e incluso sonriera. No obstante, no era suficiente y Alex, que no estaba dispuesta a darse por vencida, enrolló su brazo al de Erik y tiró de él para llevárselo consigo.

Lo mejor era que ella le pusiera al tanto de la situación. Harper y Pablo pretendían fingir ante todos que eran pareja y Erik entraba dentro de ese grupo de gente al que no iban a contarle la verdad, por lo que, dado el cabreo que tenía este, lo mejor era contarle ella misma lo sucedido.

—Las fotos no son reales —dijo Alex tras ponerle delante a Erik una taza de té.

—¿Qué quieres decir?

Tras hacerle prometer que mantendría la boca cerrada le contó todo lo que ella sabía. Él escuchó en silencio sin interrumpirla.

De hecho, no fue hasta que ella terminó que dio su opinión al respecto.

—Harper acaba de salir de una relación. No creo que esto sea bueno para ella. Puede terminar confundida o lastimada.

—Ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones. Mi hermano no la ha obligado a hacerlo, ella ha aceptado.

—Tu hermano es capaz de vender hielo a los esquimales.

—Tu prima es demasiado inteligente como para dejarse manipular por una cara bonita.

Erik no pudo protestar ante eso. Era verdad. Harper era una mujer inteligente que se había propuesto llevar las riendas de su vida, por ese motivo se había mudado a Londres.

—¿Por qué me lo has contado si se suponía que nadie podía saberlo?

Alex no dudó en su respuesta, aunque esta la sorprendió a ella misma.

—Confío en ti.

Capítulo 17

La semana siguió su curso habitual. Cada mañana Alex se encontraba con Erik en la puerta de sus respectivas casas, y ambos salían a correr durante una hora. Después Alex se duchaba, se vestía y esperaba a que llegara Harper para tomarse un té y comenzar a trabajar en el nuevo proyecto histórico que la tenía completamente ilusionada.

Durante ese tiempo ni su hermano ni su asistente se dignaron a mencionar que Erik era E. J. Sullivan, por lo que ella tampoco les confesó que lo sabía.

En medio de la rutina llegó el viernes, y Alex se planteó si era buena idea recordarle a Erik la cita que tenían pendiente.

En la semana transcurrida ninguno de los dos había hecho alusión a ella, como tampoco habían hecho nada más que correr y compartir auriculares. Gracias a eso Alex había descubierto que a él le gustaban las míticas bandas de rock como *Led Zeppelin* y grupos actuales como *Greta Van Fleet*. Que usaba el deporte para desconectar del estrés del trabajo, pero aun así, era competitivo y siempre buscaba ganar, que era atento y educado y que era tan ávido lector como ella misma.

Alex estaba a punto de entrar en casa ese mismo viernes, tras terminar la carrera matutina, cuando Erik se despidió hasta el día siguiente.

—No salgo a correr los fines de semana —comentó un poco decepcionada de que él no se hubiera dado cuenta.

—Yo tampoco.

—¿Entonces?

—¿No vas a enseñarme mañana tu Londres favorito? —inquirió muy serio.

—¡Oh! Es cierto. ¿A qué hora estarás libre?

—¿Te parece bien a las once?

—Perfecto, a las once aquí mismo.

Entró en casa dando saltitos, no obstante, se paró en seco cuando se dio cuenta de lo que hacía.

—¡Estás majara! —Se regañó a sí misma—, solo le estás devolviendo el favor. Que no se te olvide quien es él en realidad.

Aun así, el sábado por la mañana se arregló con esmero, tratando de estar atractiva y parecer que no se había esforzado nada para lograrlo.

Salió cinco minutos más tarde de casa de la hora prevista, nada que pudiera resultar molesto a quien la esperaba, y al mismo tiempo evitó ser demasiado puntual y parecer ansiosa. Ese retraso hizo que cuando saliera Erik ya la estuviera esperando en la puerta.

Se quedó unos segundos observándola, pero entonces reaccionó y se acercó a toda prisa a ayudarla con lo que cargaba.

—¿Una cesta de picnic? —preguntó sorprendido.

—Sí, vamos a comer en mi parque favorito. Hemos tenido suerte, ya que el tiempo acompaña.

—¿Te sorprenderás si te dijo que no he ido de picnic desde que era pequeño?

Alex negó con la cabeza al tiempo que sonreía.

—Me encanta la comida de los picnics —siguió hablando él.

—No te hagas ilusiones, solo son unos sándwiches.

—Por cierto, ¡estás preciosa!

Alex se sonrojó. Había elegido su atuendo con esmero, vestido azul marino de cuello bebé con diminutas flores amarillas, chaqueta color camel y botas en el mismo tono.

—¡Gracias! Tú también estás guapo.

Erik disimuló una carcajada en forma de tos y la siguió cuando ella se puso a andar. Alex parecía sentirse incómoda con los cumplidos, todo lo contrario que con las críticas donde sacaba las uñas y se mostraba más abierta al debate.

Tomó nota mental de ese rasgo de su carácter, y comenzó una conversación de un tema inofensivo, el maravilloso tiempo que había salido ese día.

Se apearon del metro en la estación de Holland Park, y a Erik le sorprendió que ninguno de sus compañeros en el vagón los mirara de un modo extraño por cargar una cesta de picnic; quizá se debiera a que era sábado y los londinenses cansados de tanta lluvia aprovechaban cualquier resquicio de sol

para disfrutar de sus preciosos parques. Fuera como fuera llegaron al Holland Park sin contratiempos.

Alex le hizo atravesar senderos, bosques, estanques, cascadas, jardines de estilo japonés hasta que finalmente le hizo sentarse en una de las mesas que servían para jugar al ajedrez.

—No creo que este sea el sitio adecuado para comer. La gente viene aquí a jugar.

—No te preocupes, cuando terminemos te retaré a una partida —comentó para tranquilizarle.

—¡Acepto! Aunque he de avisarte de que soy bastante bueno.

Alex no dijo nada al respecto y comieron entre risas y bromas. Alex se dio cuenta de que su relación había cambiado tanto en una semana que parecía como si se conocieran desde hacía mucho. Erik había resultado ser una persona divertida, inteligente y con un encanto que permitía a la gente sentirse bien estando con él.

Además, sabía escuchar y lo hacía de un modo que lograba que su interlocutor sintiera que estaba contando algo realmente interesante.

Después de comerse los sándwiches, Alex sacó de la cesta una caja con piezas de ajedrez y jugaron hasta que finalmente, Erik ganó una partida.

—Me has dejado ganar —la acusó muy serio.

Ella se encogió de hombros con una sonrisa.

—¡Eso no vale!

—Si no te hubiera dejado jamás me habrías ganado.

—¿Por qué eres tan buena?

—Por culpa de mi hermano. Tuve que esforzarme mucho para ganarle, y aun así, lo hago muy de vez en cuando.

—¿De verdad? Pablo no parece alguien muy interesado en este tipo de juegos.

—Así que no te lo ha dicho —aventuró.

—¿Decirme qué?

—Mi hermano es más inteligente que la media. Es capaz de resolver un problema matemático en menos tiempo de lo que seguramente tardaría un catedrático. Además, se le da bien montar ordenadores y arreglar casi

cualquier cosa.

—Pero... Harper...

—¡Lo sé! A mí también me sorprendió cuando le pidió que revisara su portátil. No sabría decirte, con mi hermano nunca se sabe.

Erik se quedó pensativo unos segundos, pero en seguida recobró la compostura y recordó que ella le había dejado ganar.

—Quiero la revancha y no puedes dejarme ganar.

—¡Otro día! Ahora te voy a llevar a mi librería favorita que, además, es la más antigua de Londres: Hatchards, fundada en 1797.

—Suenas bien, pero no creas que voy a olvidarme de que me debes una partida.

Alex puso los ojos en blanco y suspiró exasperada, pero no hizo ningún comentario sobre el tema.

—Pues espera a que lleguemos. Cinco plantas de estanterías y libros, en medio de una preciosa decoración victoriana.

—Es evidente que sabes cómo conquistar a un hombre —bromeó, pero aun sabiendo que era una broma Alex sintió un agradable cosquilleo en el estómago.

La librería era tal y como ella le había prometido, y más.

Durante las siguientes dos horas apenas se vieron, cada uno en una planta o perdido en una estantería diferente. Cuando coincidieron, finalmente el establecimiento estaba a punto de cerrar.

—Creo que vamos a tener que eliminar las librerías de nuestras citas —comentó Erik mientras regresaban a casa, de nuevo en taxi.

—¿Citas?

Él la miró interrogante.

—¿No lo son?

Alex asintió.

—Supongo que sí lo son, es solo que no las había etiquetado —«mentirosa», se dijo mentalmente mientras disimulaba una sonrisa.

—Lo que me recuerda —retomó Erik—, que esta es nuestra segunda cita.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Te lo diré después.

Ella no insistió. Lo cierto era que estaba cansada y agradecida de que hubiese vuelto a proponer regresar en coche. Sus citas no eran como las de la gente normal, que se sentaban en un restaurante a cenar y a charlar tranquilamente, las suyas eran más originales y por consiguiente más agotadoras.

El taxi se detuvo en la garita de seguridad de la urbanización y el empleado les saludó al reconocerlos. Alex se dio cuenta de que había varios coches estacionados cerca de ella, seguramente porque no les habían permitido el acceso y se preguntó si serían de la prensa.

Estaba perdida en ese tipo de pensamientos, cuando se pararon frente a la verja de su casa.

Erik bajó primero, cargado con la cesta del picnic y la bolsa de la librería y le abrió la otra puerta para que ella bajara.

Pagó el taxi y se quedó mirándola unos segundos cómo si esperara algo. Sin entender lo que pasaba, Alex preguntó:

—¿Sucede algo?

—Estoy esperando que repitas tu pregunta.

—¿Pregunta?

—Nuestra segunda cita —recordó.

—¡Oh!

Alex no llegó a pronunciar la pregunta, pero, aun así, Erik le dio su respuesta. Con cuidado dejó las bolsas en el suelo y ya con las manos libres, la asió de los hombros, acercándola a su cuerpo, y posó sus labios sobre los de ella.

El grito de sorpresa de ella le permitió acceder a su boca. Él adelantó la lengua y la deslizó más allá de la barrera de los dientes, y allí se encontró con la lengua de Alex. Era húmeda y perfecta. Ella le rodeó los hombros con los brazos y lo ciñó tanto que él percibió los latidos de su corazón.

Finalmente, se incorporó un poco y jugueteó con los dedos entre los cabellos de Alex y la miró con calidez.

—Una segunda cita siempre lleva implícito un beso —anunció dispuesto a mostrárselo de nuevo.

Capítulo 18

Harper tuvo que reconocer que se estaba mejor en casa de Pablo que en el hotel. Puede que allí tuviera que hacerse cargo ella misma de su cama, de la ropa y las comidas, pero lo cierto era que no estar sola compensaba.

Había crecido en una casa siempre llena de gente y había seguido viviendo de ese modo hasta que se mudó a Londres y, aunque una parte de ella había esperado que Erik le ofreciera su casa, otra la había empujado a que probara algo nuevo.

Ahora estaba experimentando otra situación y de entre todas ellas se quedaba con esta última. No porque estuviera compartiendo espacio con Pablo, hubiera sido lo mismo con otro hombre, se dijo. De hecho, había vivido unas semanas con David, cuando lo visitó en Sidney, pero él era otra historia, nada que ver con Pablo.

El quid de la cuestión era que convivir con otra persona era mucho más cómodo que estar solo o que vivir con la familia al completo, se dijo tratando de convencerse a sí misma de que ese era el motivo de su preferencia.

—¿Salimos a cenar esta noche? —Preguntó Pablo sacándola de sus pensamientos—. Nos tenemos que dejar ver juntos.

Estaba a punto de ponerse a hacer deporte, dedujo Harper al ver su atuendo: pantalones cortos, camiseta sin mangas y zapatillas, además, no había rastro de sudor por ninguna de las partes expuestas de su cuerpo, lo que le decía a Harper que la sesión todavía no había comenzado.

Harper asintió mordiéndose el labio. Sabía que había accedido ayudarle, pero eso no evitaba que se sintiera incómoda.

Con solo un par de fotos había despertado el interés de tanta gente que se sentía aturdida. Al tiempo que un grupo de fans de Pablo la había vilipendiado diciendo que tenía cuerpo de prostituta, solo porque era delgada y con curvas, otro grupo, la había convertido en una especie de mito erótico, mientras que el último se había limitado a darle el visto bueno, ya que

procedía de una buena familia. Fuera como fuera todo el mundo parecía sentirse libre de opinar de su persona.

Incluso Elena, la madre de Pablo y Alex, había llamado a su hijo para asegurarse de que si lo que ponía en la prensa era cierto.

—Tienes suerte de que mi madre esté en Madrid —bromeó Pablo—, si estuviera en Londres ya se habría pasado por casa a examinarte.

Le había dicho Pablo y, por lo que ella misma había conocido de su madre, estaba segura de que cada palabra era cierta.

—¿Sucedo algo? —preguntó este sacándola de sus recuerdos.

—Nada. Me parece bien salir a cenar.

—¿Qué te parece un pakistani?

—No me gusta el curri —se excusó.

—¡De acuerdo! ¿Japonés, Coreano, Mexicano, Italiano, francés...?

—Mexicano suena bien.

—¿Te gusta la comida picante? —preguntó asombrado.

—Sí, ¿por qué?

Pablo no respondió, se acercó a ella en dos zancadas y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Eres la mejor novia que he tenido nunca.

Harper sonrió encantada con el cumplido, aunque supiera que no era más que una broma.

—Soy la única novia que has tenido, ¿recuerdas?

—¡Cierto! Aun así, lo eres. —Le guiñó el ojo y se marchó al gimnasio.

Harper no tenía mucho donde escoger, ya que cuando se marchó de Birmingham no tenía previsto salir de noche, motivo por el cual su ropa era bastante discreta. Consciente de que Pablo la iba a arrastrar de aquí para allá constantemente, tomó la decisión de salir de compras.

Estaba bajando las escaleras con ese fin en mente cuando se encontró en ellas con Pablo.

—¿Dónde vas?

—De compras.

Él asintió.

—¿Sabes conducir?

—¡Claro!

—Entonces espera. —Pidió subiendo las escaleras de dos en dos y metiéndose en su dormitorio.

Un santuario al que Harper no había entrado.

Al llegar a su casa Pablo le había mostrado dónde estaba cada cosa, pero había obviado su dormitorio, que, aunque lo había señalado no lo había abierto para que ella lo viera. Ante eso Harper había asentido sin decir nada.

De algún modo era lógico que tratara de preservar cierta intimidad. Después de todo le había abierto las puertas de su casa y había tratado en todo momento de que se sintiera cómoda en ella.

—¡Toma! —dijo saliendo y tendiéndole la llave de su coche.

—¿Para qué me la das?

—¿No vas a ir de compras? Necesitarás un coche para ello. Sé cómo sois las mujeres. —Se encogió de hombros—. Vindrás cargada, lo vas a necesitar.

—De acuerdo —dijo y miró la llave.

Arqueó una ceja molesta al comprobar a qué vehículo pertenecía.

—¿Por qué no me dejas el deportivo? El rojo le sienta bien a mi piel.

Los ojos de Pablo se agrandaron por la sorpresa mientras se debatía entre reírse por la broma o protestar por la petición.

—Necesitas espacio. —se excusó—. El maletero del Audi Q5 es más grande.

—¡Qué considerado eres!

Harper pasó por casa de Alex antes de sacar el coche del garaje con la idea de que su amiga la acompañara, pero esta no estaba en casa, por lo que se vio obligada a buscar en *Google* dónde debía ir si quería hacer compras.

Con la dirección en el navegador se dispuso a cumplir con su objetivo. Estaba conduciendo cuando un pitido la sobresaltó. Se dio cuenta de que su móvil se había conectado al *Bluetooth* del coche y le estaba entrando una llamada.

Respondió creyendo que era Pablo, pero era su madre.

Tras más de cinco minutos de monólogo terminó por cortarla.

—Te dejo, mamá. Voy conduciendo.

—¿Conduciendo? ¿Te has comprado un coche?

—No, es de Pablo.

—¡Oh! ¡Ooooooooooh!

Cortó, consciente de que había hablado más de la cuenta, pero el daño ya estaba hecho. Su madre estaría llamando a su hermana a gritos para ponerse a organizar su inminente enlace.

Tres horas más tarde regresó a casa de Pablo, tal y como él había vaticinado, cargada de bolsas. Había andado tanto y se había probado tanta ropa que tuvo que parar para comerse un sándwich. Estar guapa era agotador, pensó mientras subía las bolsas a su dormitorio y se preparaba para darse una ducha relajante. Tenía claro lo que iba a ponerse esa noche: un top semitransparente de manga larga, una mini de cuero negra, zapatos de tacón y bolso del mismo color.

Una vez que estuvo vestida y maquillada para la ocasión bajó al salón y se topó con que Pablo ya la estaba esperando vestido con unos pantalones oscuros y un jersey de mohair.

—¡Estás preciosa! ¿Nos vamos?

—Tú también estás guapo.

—¡Gracias! —la tomó de la mano y salió de camino al garaje. Aunque Harper nunca conduciría su deportivo rojo no significaba que tampoco subiría en él.

Pablo adoraba su coche, pero no por ello dejaba de ser un caballero. Una vez en el garaje se encaminó directo a donde estaba aparcado el deportivo y le abrió la puerta a Harper para que entrara.

Condujo hasta el restaurante mientras sonaba música de fondo y le contaba anécdotas divertidas de situaciones surrealistas que le habían pasado en los platós de cine y televisión.

Harper tuvo la sensación de que pretendía tranquilizarla y hacerla sentir cómoda.

Tras media hora de trayecto, Pablo detuvo el vehículo frente al restaurante mexicano que habían elegido para cenar, y le hizo un gesto al chico que se

acercaba para abrirles la puerta y hacerse cargo del coche para que les dejara unos minutos.

—¿Estás nerviosa? —preguntó centrando toda su atención en ella.

—Un poco. Me incomoda que la gente hable de mí.

—No tienes por qué preocuparte de eso, estás conmigo y vamos a pasarlo bien. ¿No te divertiste conmigo en la fiesta?

Harper sonrió más tranquila.

—Es cierto, me divertí mucho. Sobre todo, cuando Justin se quedó con la boca abierta.

Pablo sonrió con amabilidad.

—¡Bien! —dijo de repente, un instante antes de inclinarse en su asiento para acercarse a Harper, que le miraba completamente quieta, sin saber lo que él tenía pensado hacer.

No llegó a preguntar porque él cubrió su boca con la suya. Harper se quedó inmóvil, un poco confusa sobre lo que debía hacer. ¿El beso era real? ¿O se trataba de algo hecho para las cámaras? Sus dudas fueron resueltas cuando Pablo la presionó para que abriera la boca e introdujo su lengua en ella en cuanto Harper se lo permitió.

Los besos de cine eran sin lengua, se dijo, por lo que tenía que ser de verdad. Con esa idea en mente, se relajó y rodeó el cuello de Pablo con los brazos, tratando de acercarse más a él.

Tras varios minutos besándose, Pablo se separó de ella con una sonrisa cálida.

—Lo has hecho muy bien —la alabó.

—¿Disculpa?

—El beso —explicó Pablo—. Ha sido genial.

—¿Estás valorando mi actuación?

—Dijiste que no sabías actuar, pero has estado maravillosa.

Harper no fue capaz de decir nada, se limitó a ofrecerle una sonrisa de circunstancias y a asentir con la cabeza.

Se bajó del coche con tanta rapidez que Pablo no tuvo tiempo a abrirle la puerta y posar para la foto.

Harper supo que la cena se le iba a atragantar, no obstante, ya no podía

hacer nada para evitarlo.

Capítulo 19

Erik la había invitado a cenar, después de besarla la había invitado a cenar y Alex lo sentía como un paso de gigante en su relación. Desde el instante en que sus labios se separaron, hacía escasa media hora, tuvo la sensación de que todo había cambiado entre ellos.

Incluso el modo en que él la había mirado al despedirse indicaba que su relación era diferente. No obstante, el principal indicativo de que las cosas eran distintas era que ya no tenía que esperar a que llegara el próximo sábado para pasar unas horas con él, ahora podía verle cuando quisiera. Incluso habían intercambiado teléfonos.

Y eso no era todo, al día siguiente, domingo, iría a cenar su casa. Por fin vería donde vivía y si todo seguía el ritmo adecuado, su relación seguiría avanzando por buen camino.

Y es que la mejor manera para conocer a una persona, creía Alex, era ver su casa o subirse a su coche y ver cómo conducía. Y, aunque no había tenido la oportunidad de que Erik la llevara en él, sí que iba a poder desentrañar las incógnitas de su personalidad en cuanto tuviera acceso a su hogar.

Se metió en la cama con el teléfono en la mano. Era tarde, pero si lo suyo había sido una cita, ¿no correspondía enviarle un mensaje de buenas noches o algo similar que indicara que lo había pasado bien y estaba dispuesta a volver a verle?

Sin terminar de decidirse posó el dedo sobre el icono verde y buscó en la barra el nombre de Erik, su foto de perfil le hizo sonreír. Se trataba de la fotografía de un revolver apuntando de frente sobre un fondo negro.

Le escribió un mensaje sobre lo genial que era su foto de perfil, pero no terminó de atreverse a enviársela. ¿Resultaría muy evidente que estaba interesada si lo hacía? Estaba comenzando a sentirse como una adolescente indecisa cuando el teléfono comenzó a sonar en su mano.

—Hola —saludó él en cuanto ella descolgó.

—Hola, ¿pasa algo? —«¡Bien hecho!», se animó, que no se note que has

estado pendiente.

Él soltó una risita.

—Nada, quería asegurarme de que me habías dado tu número real. Me preocupaba que me hubieras dado uno falso para librarte de mí.

Ante su broma fue ella la que rio librándose de un plumazo de la tensión anterior.

—Qué poca confianza tienes en mí.

—En realidad dudaba de mis dotes de convicción.

—Mientes fatal —bromeó ella, sabedora de la confianza que él tenía en sí mismo—. Aunque he de reconocer que me gusta.

—¡Bien! Por fin encuentro algo que te atrae de mí.

—¿Estás buscando cumplidos?

—¿Tanto se me nota?

Se hizo un silencio en la línea mientras Alex decidía su respuesta.

—Besas muy bien.

—Creo que lo mejor va a ser que cuelgue —anunció poniendo una voz que sonaba atormentada—. Tengo la sensación de que si seguimos con esta conversación no voy a poder pegar ojo en toda la noche.

—¿De verdad? —inquirió coqueta. Y su pregunta sonó a reto.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—¡Nos vemos mañana!

—¡Cobarde!

—Buenas noches. —se despidió y colgó sin tiempo para escuchar la réplica de Erik.

Estaba en un auténtico problema, reconoció Alex. Erik le gustaba de verdad. Lo que había comenzado como simple curiosidad y, quizás, atracción, se estaba convirtiendo en algo más serio de lo que había previsto. Enamorarse de Erik no sería un problema si no fuera porque le gustara reconocerlo o no, ella no había sido sincera con él.

Ahora que las cosas habían cambiado entre los dos no podía excusarse con que muy poca gente sabía que Alex Blackesley se escondía tras el seudónimo de Scarlett Payne. No podía esperar a que su relación se consolidara para contárselo porque no sabía cómo se lo iba a tomar Erik. Después de todo,

ellos habían sido rivales desde el comienzo de sus carreras.

Por otro lado, tenía la certeza de que Erik no era como Ansel, podía confiar en él. Cuando se lo dijera si tomaba la decisión de no querer estar con ella mantendría su secreto. Ya se lo había dicho una vez al propio Erik, confiaba en él.

Sin darle muchas vueltas borró el mensaje sobre su foto de perfil y escribió uno distinto:

«¿Crees que ocultar algo es igual a mentir?»

Esperó la respuesta con el corazón acelerado.

«No», fue la rápida respuesta de él.

Alex suspiró aliviada, no era mucho, pero al menos le daría el beneficio de la duda.

«Estoy completamente de acuerdo contigo. Buenas noches».

«¿No vas a decirme de qué va la pregunta?», tecléo él.

«No».

Capítulo 20

La casa de Erik era casi como Alex había esperado que fuera. Limpia, ordenada y clásica, con estanterías llenas de libros en cada una de las estancias.

Cuando el *tour* acabó, la llevó hasta la cocina y Alex se dio cuenta de que pretendía preparar la cena él mismo.

Sin cortar la conversación, Erik se puso manos a la obra.

—¿Puedo hacerte una pregunta que llevo mucho tiempo queriendo hacerte?

Erik sonrió travieso.

—¡Por supuesto! Ha sonado genial.

Ella le dio un manotazo coqueto.

—No es lo que piensas.

—¿Y qué pienso?

Alex enrojeció.

—¿Qué significa la J de tu nombre?

Erik frunció el ceño.

—¿Esa era la pregunta que tanto te interesaba?

—Yo no he dicho que me interesara solo he dicho que tenía curiosidad.

—Jacob. La J es de Jacob, que como habrás adivinado es mi segundo nombre.

—¡Me gusta! Te pega.

—¡Gracias! Aunque el mérito es de mi padre —suspiró exageradamente—. No puedo arrebatárselo, el pobre, rara vez tiene ocasión de decidir nada.

—Y sin añadir mayor explicación le pidió que abriera la botella de *Sauvignon* blanco que había en la nevera.

Alex hizo lo que le pedía y sirvió dos copas. No necesitaba explicaciones ya que Harper le había contado cómo funcionaba su familia. Según su asistente, eran la madre de Erik y la de Harper las que llevaban el negocio con mano dura. Después de todo, al no tener hijos varones, su padre las había

educado para dirigirlo con tanta eficiencia como lo había hecho él.

Erik, por su parte, había puesto el agua a hervir para la pasta y estaba laminando el ajo mientras una sartén con aceite de oliva se calentaba en el fuego. Una vez cortados los añadió y cuando estuvieron dorados incluyó los calamares y el resto de los ingredientes.

—¿Qué hay de menú? Huele bien.

—*Linguini* con frutos del mar. He recurrido a lo fácil: no es picante, no está crudo y no hay carne.

Ella sonrió encantada con que lo recordara.

—¿Cuándo he dicho yo que no me gustara la carne?

—Tus advertencias sobre el tema son demasiado ambiguas como para aventurarme. Como he dicho, he optado por lo fácil.

—¡Cobarde! —bromeó ella.

Erik la miró con fijeza, bajó el fuego al mínimo y se acercó a ella con decisión.

—¿Con que cobarde? Eso me recuerda...

No pudo terminar la frase porque Alex selló sus palabras con un beso. Ella entreabrió los labios y sus lenguas se encontraron en una dulce rivalidad por dominar al otro.

Dejándose llevar por el beso, Alex introdujo las manos por debajo de la camiseta de Erik, sintiendo piel suave y masculina, músculos y tendones... Sabía que tenía que parar en ese instante o no sería capaz de hacerlo. No podía dejarse llevar sin que él supiera la verdad sobre su trabajo.

Su voluntad se tambaleó cuando las manos de él siguieron su ejemplo y acariciaron sus senos por encima de la copa del sujetador.

Usó toda su fuerza de voluntad para despegarse de él.

—Huele a quemado —mintió.

Erik asintió tratando de acompasar su respiración y volvió a retomar la tarea de cocinar.

Mientras tanto, Alex puso la mesa y trató de pensar en el mejor modo de decirle que había estado a punto de hacer el amor en su cocina con su rival literaria.

La cena estuvo deliciosa y, pasado el momento de tensión, los dos fueron capaces de retomar la conversación sin ningún tipo de incomodidad.

Estaban sentados en el sofá charlando tras haber cenado y recogido la cocina, cuando Alex por fin se decidió a sacar el tema que tanto le interesaba.

—¿Por qué te cae mal Scarlett Payne?

—No me cae mal. No la conozco, por lo que es imposible que me caiga mal.

—¡Ya me entiendes! Es evidente que no te gusta. He leído vuestros mensajes cargados de bilis.

—Simplemente no termina de convencerme lo que escribe. En ocasiones es demasiado presuntuosa en su prosa. Rimbombante, incluso.

—¿Cómo dices?

—Tengo la sensación de que pretende convertirse en una especie de clásico y por eso su estilo es tan... exagerado. ¿Arcaico, quizá? De ahí a que me plantee que es una mujer mayor.

—No estoy de acuerdo contigo —protestó ella—. A mí me parece que escribe muy bien. Y tampoco creo que sea tan vieja.

—¡Lo sé! Sé que eres una de sus fans —expuso—, por eso es mejor que no hablemos del tema. —Le acarició la mejilla con afecto—. Es absurdo que discutamos por algo que no tiene nada que ver con nosotros.

—Tiene que ver contigo.

—¡Shhhh! —la silenció él.

Alex se vio dividida entre la agradable sensación de sus dedos acariciando su rostro y las hirientes palabras que salían de sus labios.

Consciente de que no podía confesarle a Erik la verdad después de lo que acababa de decir de ella, trató de recomponerse.

Se lo diría en otro momento menos incómodo, se dijo, en esos instantes lo más inteligente que podía hacer era aceptar sus caricias y dejar de pensar en Scarlett. Todo llegaría, se dijo, habría un momento mejor que ese para que Erik conociera la verdad. Uno en que no la estuviera tocando de ese modo, uno en que...

Capítulo 21

Harper estaba sola esa mañana en casa de Alex porque ella había salido para reunirse con su editora. Por ese motivo estaba aprovechando el tiempo libre que la investigación del nuevo trabajo de Alex le había dado ese día, para contestar los emails de los admiradores de Scarlett. Llegaban casi cada día.

De algún modo estaba comenzando a sentirse identificada con ellos. Esas personas admiraban profundamente a la escritora hasta el punto de defenderla en las redes cuando algún iluminado trataba de vender su trabajo a través de la polémica, y de comprar religiosamente cada uno de sus libros. Y, por si eso fuera poco, se tomaban la molestia de escribirle para contarle lo mucho que habían disfrutado de ellos e, incluso para avisarla de alguna errata indeseable. Y, a pesar de todo ese esfuerzo que hacían no era la propia Scarlett quien les respondía y les agradecía su interés, sino otra persona a la que ni conocían, ni mucho menos admiraban.

Y si bien Harper comprendía que no era culpa de Alex, que realmente estaba demasiado ocupada en escribir su siguiente novela para ese público que tanto la valoraba, no podía evitar sentirse triste por ellos, igual que se sentía triste por sí misma.

Nunca había sido una fan. Le gustaban actores y grupos de música, como a casi todo el mundo, pero no como para colgar posters o para perseguirlos como una auténtica fanática. De ese modo había llegado a casi los treinta sin sentir verdadera admiración por nada ni por nadie. No obstante, esa situación había cambiado tras conocer a Pablo Duarte.

Con él sí que había terminado por convertirse en una fan. Le gustaba su trabajo, pero también le gustaba su personalidad fuera de las cámaras, su amabilidad, su carisma...

Con eso en mente había tratado de ayudarle, tal y como él la había ayudado

a ella cuando Justin apareció de repente en su apacible vida; lo que no había esperado era que esa ayuda que había pretendido ofrecerle se transformara en auténtico afecto y mucho menos que él usara ese afecto para manipularla y conseguir lo único que había pretendido de ella: lavar su imagen de mujeriego.

Instintivamente se llevó los dedos a los labios.

Lo que para ella había sido un beso de verdad para él no había sido más que una actuación. Brillante, tenía que reconocer, aunque le doliera.

Alzó la cabeza del teclado que había estado aporreando sin ton ni son y se dio cuenta de que nada de lo que había escrito tenía el menor sentido. Se sentó erguida en la silla y se masajeó el cuello. Tenía que concentrarse y olvidarse de sus propios problemas por un rato, se dijo. Si al menos David estuviera cerca... se sentía tan sola en Londres...

Desde lo sucedido el sábado, había valorado cada instante que su trabajo con Alex la había llevado lejos de esa casa donde era inevitable toparse con él a cada paso.

Con esa idea en mente abrió *Spotify* y le dio a reproducir a la *playlist* que había creado para que sonara de fondo mientras trabajaba.

La primera canción de la lista sonó a través de los altavoces repartidos por las estanterías del despacho: Cruel de Foxes.

Telling lies

Tell lies makes me want to stay
Give me something out of nothing

If it's not too late

If it's real

If it's real, I guess I feel the pain

Coming closer, out of focus

Oh, when it's hard to

It's hard to love someone who can't be loved

But it's what you do

It's what you do

Trató de desconectar, de no escuchar la letra... En definitiva, trató de recomponerse y trabajar, pero el recuerdo del beso la incordiaba una y otra vez.

Tal vez era el momento de hacer una pausa, miró la hora en el ordenador y, frustrada, se dejó caer contra el respaldo de la silla. En Australia debía de ser de madrugada, no podía llamar a David y despertarle solo porque estaba teniendo una mala semana.

La idea de hablar con su mejor amigo la animó un poco, por lo que abrió su sesión de correo y le escribió para ponerle al día de las novedades.

Acababa de pulsar enviar cuando el móvil comenzó a sonar sobre la mesa.

Soltó un bufido y respondió, sabedora, de que la persona que llamaba no se iba a dar por vencida fácilmente.

—Mamá, ahora mismo no tengo ganas de hablar de Pablo. ¿Te parece bien si te llamo en otro momento?

—¿Os habéis enfadado?

—¡Mamá!

—Lo siento, cariño. La verdad es que te llamaba por otra cosa. Voy a poner el teléfono en manos libres, ¿te parece? La tía está aquí conmigo y quiere pedirte un favor.

Instintivamente se echó a temblar. Cuando su madre y su tía se juntaban el apocalipsis andaba cerca.

—Hola, tía.

—Hola, cariño. Necesito un favor —comenzó melosa.

—¡Cuéntame!

Capítulo 22

Era la primera vez que Alex pisaba la editorial. *ABC Books* había contactado con ella vía mail y, posteriormente, cuando las negociaciones llegaron a buen puerto, por teléfono. No obstante, la editora la había llamado para pedirle que se pasara por las oficinas porque tenían una propuesta que hacerle, y por mucho que le molestara ir a una editorial llena de gente que no sabía quién era, no había podido negarse.

Su esfuerzo y trabajo la había llevado hasta la editorial más importante de Gran Bretaña y no podía actuar como una diva, principalmente porque no lo era.

Además, se trataba de una editorial seria que era consciente de la importancia que tenía que su nombre siguiera siendo secreto.

Con esa idea llegó a la hora convenida a *ABC Books*. Una vez allí, Gia Collins, la editora jefe, la recibió en el ascensor como si fuera una autoridad, y Alex no pudo evitar sentirse importante.

No es que no lo fuera, es que raramente podía vanagloriarse de los éxitos de Scarlett Payne, apenas con su familia, y siempre tenía que rivalizar con Pablo, quien por mucho que le molestara reconocerlo, era mucho más famoso y notorio que ella. No obstante, en esos momentos era Alex Blackesley quien iba a recibir el trato de una estrella y estaba encantada.

—Vayamos a la sala de reuniones. Allí estaremos más tranquilas.

—De acuerdo.

—Me alegra mucho conocerte, por fin. Eres mucho más guapa de lo que había imaginado.

—¡Gracias! Eres muy amable.

Alex observó a Gia mientras la guiaba hasta la sala de reuniones. Se trataba de una mujer en sus cincuenta. Era delgada, pero voluptuosa, con una melena recta por encima de los hombros de un rubio platino que contrastaba con su piel bronceada.

Con un maquillaje discreto en piel y ojos, que quedaba opacado por sus

labios pintados de un intenso rojo. Vestía una blusa blanca y falda tubo de un gris oscuro.

Alex se alegró de haberse esmerado en su atuendo. Su vestido estaba a la altura de la elegancia de Gia.

—Entra, por favor —ofreció abriéndole la puerta.

Alex entró completamente confiada. No había ningún motivo para que no lo hiciera, estaba en su editorial, junto a su editora, ¿qué podría temer...?

Se quedó paralizada en el umbral. El único motivo por el que terminó de entrar en la sala fue porque Gia la empujó amablemente para que lo hiciera.

—¿Ansel? —No podía ser cierto, ¿qué estaba haciendo él allí?

De todas las personas a las que había deseado tener lejos de su vida, Ansel Mayer era el que más lejos quería de todos ellos.

Durante cuatro años había sido el hombre de su vida, lo había amado y confiado en él como nunca lo había hecho con alguien que no fuera de su familia y él había traicionado esa confianza robando su trabajo.

—Así que es cierto —comentó Gia visiblemente feliz—, Ansel me dijo que os conocíais bien, por lo que me pareció interesante que escribierais el libro de relatos juntos.

—¿Cómo dices?

—Ansel Mayer es nuestro nuevo autor.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —inquirió a la defensiva.

Gia sonrió tratando de apaciguar los ánimos. Su intención había sido buena, pero tenía la sensación de que Ansel no le había contado lo que debería saber sobre la relación entre sus escritores.

—Dado que los dos sois nuevos aquí, hemos pensado que sería interesante que escribierais cada uno un relato, con un tema común, para así publicar un libro en formato ebook para presentaros a nuestros lectores. Así crearemos expectación para cuando salgan vuestras respectivas novelas.

—Si me disculpáis he de ir al baño.

Gia la miró confundida, pero asintió al verla tan descompuesta.

Alex salió de la sala de reuniones con el pulso acelerado y las lágrimas concentradas en sus ojos. El único motivo por el que no estaba llorando de rabia e impotencia era por pura fuerza de voluntad. Con la respiración cada

vez más acelerada se arrastró hasta el cuarto de baño. Dio gracias al cielo al comprobar que estaba vacío.

Se agarró a la pila para no caerse y se miró en el espejo. Estaba pálida y parecía a punto de comenzar a hiperventilar.

El sonido de la puerta abriéndose de golpe la sacó del ensueño en que se encontraba.

—¿Alex? ¿Estás bien? —Las lágrimas que había contenido se derramaron por puro alivio. Allí, en medio del baño para damas de la editorial, arrodillado junto a ella estaba Erik.

Sin responder se abrazó a él y se dejó llevar por la misma sensación de traición que había experimentado tres años atrás.

—Por favor, dime ¿qué sucede? —pidió él abrazándola más fuerte.

La idea de que alguien entrara y los viera de esa guisa le dio fuerzas para recobrase.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entre sollozos.

—Eso debería preguntártelo yo.

Unos golpecitos en la puerta les pusieron alerta. Se levantaron con rapidez del suelo y Erik la arrastró consigo hasta uno de los cubículos vacíos.

Gia entró en el preciso instante en que Erik cerraba.

—Alex, ¿va todo bien?

—Sí, dame dos minutos y me reúno con vosotros —dijo esforzándose por sonar normal.

—Por supuesto, querida. Tómame tu tiempo.

Erik esperó hasta escuchar los pasos de la mujer alejarse para preguntar.

—¿Gia?

Alex asintió.

—Hay algo que he de contarte, pero no sé cómo hacerlo sin que me odies.

Él se tensó al escucharla.

—¿De qué se trata?

—En primer lugar, quiero decir que si no te lo conté fue porque no lo sabe nadie —hizo una pausa y añadió—, más que mi familia.

—¿Puedes, por favor, decir lo que tengas que decir sin más?

—Yo soy Scarlett Payne y necesito que me hagas un favor.

Ansel se sentía triunfal. Alex seguía siendo la misma de siempre. Tres años atrás, cuando se marchó de su casa con su manuscrito bajo el brazo, ella lo dejó correr. No le denunció ni hizo alusión alguna a lo que había sucedido. Inicialmente Ansel había creído que ella lo había dejado correr por vergüenza, seguramente se había sentido estúpida por confiar en él hasta ese punto, y también traicionada, por supuesto. No obstante, con el paso de los días, semanas y meses, al ver que no le llegaba ninguna demanda, y que incluso Alex había abandonado el país, se convenció de que ella no lo había hecho porque no tenía agallas para hacerlo. Porque no era capaz de enfrentarse a él en un juicio. Lo que había sentido por él fue tan intenso que no se sentía con fuerzas de pelear por lo que era suyo.

Con esa idea de que Alex jamás se enfrentaría a él, le había propuesto a Gia la idea del libro de relatos.

Alex era una autora consagrada, pero él era un don nadie que tenía que hacerse un hueco en el mercado si quería que la novela de Scarlett, que él había registrado con su nombre, tuviera éxito.

La puerta de la sala se abrió y de nuevo Alex hizo acto de presencia. Se notaba que había llorado. Por mucho que lo hubiera intentado disimular, su maquillaje estaba corrido y tenía la nariz roja. Signo inequívoco de que lo había hecho.

Su sonrisa victoriosa se quedó congelada en sus labios cuando vio que entraba acompañada de un hombre, y se borró completamente cuando vio a Gia correr a abrazarle.

No tenía ni idea de quién era, pero debía de ser alguien importante si la editora principal le trataba de ese modo.

—Erik, ¡qué sorpresa! No esperaba verte en esta reunión —miró a Alex—. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza que os conocierais.

—Solo participaré en el libro si Erik me acompaña en el proyecto —anunció ella, muy seria.

Capítulo 23

Erik no tenía la menor idea de porqué estaba allí. Quizás había sido porque el modo en que Alex había llorado lo emocionó, o porque por mucho que deseara estar enfadado con ella no podía dejarla sola en esos instantes.

Fuera como fuera acababa de verse arrastrado hasta una sala de reuniones con gente que no conocía y que ya odiaba por haber puesto a Alex en ese estado de nervios.

Gia lo estaba mirando fijamente, como si esperara una respuesta de él, pero había estado tan absorto en sus pensamientos que se había perdido la pregunta.

—¿Erik? ¿Estás de acuerdo con Alex? —preguntó la editora y, por el modo en que lo miraba, estaba seguro de que deseaba que dijera que sí.

—¿Me puedes repetir la pregunta? Por favor.

El desgraciado soltó una risita burlona y Erik apretó los dientes de pura rabia.

—¿Vas a participar en la antología de relatos que estamos preparando con Ansel y Alex?

E. J. Sullivan parpadeó varias veces tratando de asegurarse de que estaba despierto. Eso sí que no se lo esperaba. Alex pretendía que escribiera un relato para su libro, ¿se había acercado a él con esa idea en mente? ¿Era su relación una pantomima para que aceptara escribir con ella?

No, no podía ser. Alex no era así.

Sus lágrimas eran auténticas, al igual que su estado de ansiedad. Era imposible que pudiera fingir tan bien. Se fijó en ella para comprobar que, aunque apenas era perceptible, seguía temblando.

Y, aunque era cierto que le había ocultado quien era eso no significaba que tratara de aprovecharse de él. Scarlett Payne no lo necesitaba para destacar. Y una cosa era cierta, la verdadera identidad de Scarlett era un secreto. En varias ocasiones él mismo había tratado de dar con ella sin éxito.

Sus discusiones habían sido tantas que al comienzo de su rivalidad Erik había buscado la manera de hablar con ella de tú a tú, pero su agente no había conseguido su número.

—No tengo ningún problema en participar en una antología con Alex. — Hizo una pausa—. Con él no estoy tan seguro —dijo señalando a Ansel.

El indeseable se puso de pie de un salto.

—No sé quién eres, pero la idea es mía y no voy a quedarme fuera solo porque hayas aparecido aquí de rebote.

Gia intervino con rapidez, preocupada porque el proyecto se viniera abajo.

—Ansel, Erik es nuestro autor E. J. Sullivan.

El tipo pareció impresionado y cambió su expresión asesina por una amable y conciliadora.

—Es un placer conocerte. —Le ofreció la mano extendida, pero Erik la obvió poco dispuesto a la reconciliación—. A diferencia de Alex, yo siempre he sido un admirador de tu trabajo.

Había disfrazado su ataque a Alex como un elogio hacia su trabajo. Era evidente que entre ellos había algo mucho más profundo que la rivalidad entre Scarlett y E. J. Sullivan.

—Lo siento, Gia, pero no voy a hacer la antología con él. —Señaló a Ansel—. Si quieres conocer mis motivos pregúntale por *Sangre y metralla*, a lo mejor por una vez en su vida es sincero.

La editora se quedó con la boca abierta. ¿Qué clase de relación había entre ellos que Alex conocía el título de la novela de Ansel?

—¡Alex! —Saltó Ansel—. ¿No te parece que a estas alturas es un poco absurda tu actitud?

Ella se irguió.

—¿Cómo puedes tener tan poca vergüenza? No solo robaste mi trabajo, sino que ahora también pretendes aprovecharte de mí para darte a conocer. Lo que me sorprende es que hayas tardado tanto tiempo en publicarla.

Gia se dejó caer de golpe en la silla, completamente aturdida.

—Esa es una acusación muy grave, Alex. Será mejor que nos calmemos —pidió la editora.

—Lo siento, Gia, pero es la verdad. Había pensado dejarlo correr, después de todo yo no necesito robar el trabajo de nadie, pero he cambiado de opinión. Hoy mismo hablaré con mi abogado para que ponga la demanda correspondiente, por lo que seguramente no podáis publicar la novela hasta que no se aclare el asunto de la autoría.

—¿Cómo te atreves? ¿Acaso te has olvidado de todo lo que hice por ti? Yo te ayudé a llegar dónde estás. ¡Me lo debes!

—Yo no te debo nada. Eras mi asistente y se te pagaba por ello.

Erik se movió con rapidez para ponerse delante de Alex e impedir que Ansel llegara hasta ella.

—Necesito hablar con Alex a solas. Esto es entre los dos.

—Lo siento, pero eso no va a pasar —explicó muy serio—, Alex, vete a casa —pidió sin dejar de mirar al indeseable.

Gia fulminó a su nuevo autor con la mirada y siguió a Alex fuera de la sala.

Ansel fingió calmarse.

—No sé qué es lo que Alex te habrá contado sobre mí, pero estoy seguro de que es falso. Yo no soy el malo de la historia. ¡Créeme!

—Lo cierto es que no sabía nada de ti hasta que he entrado en esta sala y te he visto.

—¿Entonces por qué te has negado a escribir conmigo?

—Precisamente porque no te conozco.

Ansel vio una salida y decidió tirar por allí.

—Estoy dispuesto a mostrarte mi trabajo. —Se agachó y sacó de su bolsa de cuero un manuscrito debidamente encuadernado—. Dame una oportunidad y te demostraré que es una buena idea colaborar conmigo —pidió tendiéndoselo.

Erik lo cogió, pero no por los motivos que él pensaba.

—Si Alex no participa no habrá antología —comentó el escritor con tranquilidad.

—No necesitamos a Scarlett para que esto funcione.

La mención del seudónimo de Alex le puso de inmediato de mal humor. No porque las dos mujeres fueran la misma persona, sino porque el tipejo que

tenía delante estaba al tanto de lo que él acababa de conocer.
¿Qué más cosas sabría de Alex que él desconocía?

Capítulo 24

Estaba cenando con Pablo en casa, cuando el teléfono de Harper comenzó a sonar encima de la mesita del comedor.

Cenar en silencio era incómodo, y desde hacía unos días le resultaba difícil mantener una conversación casual con él, lo que se acentuaba en momentos como ese.

—Te están llamando.

—Que dejen mensaje —contestó segura de que eran su madre y su tía para asegurarse de que había cumplido con su petición.

Gracias a ellas le dolía todo el cuerpo. Trabajar de paparazzi era más difícil de lo que había pensado inicialmente. Para sacarle fotos a Erik sin que se diera cuenta había tenido que escalar el muro que separaba su casa de la de Alex e incluso había trepado al árbol más alto del jardín. Con lo fácil que hubiese sido pedirle que posara, pero no podía hacerlo. Le había prometido a su madre y a su tía que lo haría sin que él se enterara.

—Deberíais reconciliaros —había dicho muy seria.

—Y lo haremos... el día que se digne a venir a ver a su madre. —Se quejó esta—. Seguramente lo hará el día en que se case.

El teléfono siguió sonando, por lo que no tuvo más remedio que levantarse de la mesa para ir a buscarlo. Tendría que haber supuesto que su madre no se daría por vencida hasta que respondiera, le costara las llamadas que fueran.

Seguía sonando cuando lo cogió y se quedó paralizada con la mirada clavada en el nombre que aparecía en la pantalla.

—¿No vas a responder? —preguntó Pablo que la había seguido hasta allí.

—Sí —dijo, pero estaba tan emocionada que no atinaba a deslizar el dedo por la pantalla para descolgar.

Cuando finalmente lo logró, temblaba de pies a cabeza.

—¿David? —preguntó con la voz emocionada.

—Hola, preciosa —saludó una voz masculina—, ¿Por qué narices no me dijiste lo que había pasado con Justin? Ese *email* tendría que haberme llegado

hace un mes y no hace dos días.

—No podías hacer nada desde Australia —comentó—, y tampoco quería preocuparte. El *email* fue porque tuve un momento bajo.

David suspiró exasperado por la actitud de su amiga.

—Pues preocúpame porque ya no estoy en Australia.

La sonrisa de felicidad de Harper fue tan radiante que Pablo se quedó parado observándola.

—¿Has vuelto a Birmingham?

—¿Estás tú en Birmingham? Según tu correo estás viviendo en Londres.

—Así es. Pero ¿dónde estás tú?

—¿Tú qué crees? Estoy en tu hotel.

—¿Estás en Londres?! No te muevas de ahí —avisó—, voy a verte ahora mismo.

Colgó en cuanto lo dijo.

Pablo la vio correr escaleras arriba y bajar segundos más tarde poniéndose una chaqueta, con el bolso en la mano y una bolsa de deporte que, estaba seguro, llevaba una muda dentro.

—¿Dónde vas a esta hora? ¿No deberías terminar la cena antes?

—No tengo hambre —y añadió mientras corría de un lado para otro—. Y no me esperes esta noche porque no vendré a dormir.

La rubia adivinó los pensamientos de su compañero de casa porque inmediatamente le avisó:

—No te preocupes por nada, no tengo previsto salir del hotel, así que no va a haber fotos de ningún tipo.

—De acuerdo.

Harper ya se había puesto en marcha, cuando Pablo la asió del brazo para detenerla.

—¿Sucede algo?

—Llévate el coche —le tendió las llaves, se dio media vuelta y regresó a la cocina.

Pablo estuvo tentado de llamar a su hermana e interrogarla sobre el tal David, después de todo las dos se pasaban el día juntas. Estaba seguro de que, si el tipo era alguien importante para Harper, tal y como le había parecido,

ella sabría quién era y por qué lo era. No obstante, se molestó consigo mismo por querer saberlo. ¿Qué le importaba a él que Harper hubiera salido corriendo a un hotel en cuanto un hombre le dijo que estaba allí?

Ya era mayorcita para saber lo que debía y lo que no debía hacer. Además, su relación era puro márquetin. Completamente falsa y con el único fin de conseguirle el papel de sus sueños.

Molesto por tanto pensamiento se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el cabello.

—¡Mierda! —masculló molesto—. Alex me va a someter a un tercer grado en cuánto se dé cuenta del motivo de mi visita.

Y maldiciendo en voz alta salió por la puerta de su casa de camino a la de su hermana.

Capítulo 25

Alex tenía un aspecto tan lamentable que Pablo estuvo tentado de llamar a su madre en busca de auxilio. No obstante, recordó lo mucho que Alex odiaba que se entrometieran en su vida y se contuvo.

—Alexa ¿Desde cuando estás así? —preguntó viéndola acurrucada en el sofá viendo un capítulo tras otro de *Friends*.

—Desde el martes. Creo.

Pablo abrió los ojos sorprendido y molesto porque Harper no le hubiera contado nada. Su hermana llevaba tres días apoltronada en el sofá y no le había contado nada al respecto.

—¿Sufres del típico bloqueo de autor o algo por el estilo?

Ella negó con la cabeza sin mirarle.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Alex se giró a mirarle.

—¿Por qué estás aquí a esta hora? —contraatacó ella poco dispuesta a hablar del tema.

—Quería preguntarte algo, pero estás tan mal que se me ha olvidado.

Ella se encogió de hombros, apática.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué estás así? ¿Te has peleado con mamá? —se calló cuando una idea pasó como una exhalación por su mente—. Te has vuelto a pelear con el autor ese con el que te llevas mal.

Alex le lanzó una mirada fulminante.

—¡Vete a la mierda!

—¡Oye! —protestó— Que soy tu hermano mayor.

—¡Menudo hermano tengo! ¿Te planteaste en algún momento decirme la verdad sobre Erik o pretendías engañarme siempre?

—Ya lo sabes —comprendió.

—Lo sé y no ha sido gracias a ti —y añadió con tristeza—, ni por Harper. De ti me lo podía esperar, pero de ella no.

—No es su culpa. La embauqué para que me prometiera no decírtelo. Lo pasó fatal por tener que ocultártelo.

—¡Me alegro! —dijo tajante y cogió el mando de la televisión para pasar a toda velocidad el capítulo.

—¿Qué haces? —preguntó su hermano.

—Odio cuando Ross y Rachel no están juntos.

—¿Y por qué no vas directamente al capítulo en que vuelven?

—Porque si no me pierdo el resto.

Una lógica aplastante, pensó Pablo, completamente alucinado con la actitud de su hermana. Alex solía ser una persona muy activa, pero cuando estaba deprimida se ponía a ver series compulsivamente y, siempre que recurría a Rachel y Ross, era por algún desengaño amoroso.

¡Un momento!

—¿Te has peleado con Erik? ¿Cómo has sabido que él era... él?

Con el dedo pegado al mando, Alex respondió sin mirarle.

—No exactamente y me lo dijo él.

Visiblemente exasperado, Pablo se abalanzó sobre su melliza y le quitó el poder de las manos para obligarla a hacerle caso.

—¡Devuélvemelo ahora mismo!

Su hermano hizo caso omiso a su petición.

—No quería llegar a esto, pero si no me cuentas de una vez qué está pasando llamaré a mamá y le diré que estás, tan deprimida, que te has visto de una sentada las seis primeras temporadas de Friends y estás decidida a llegar a la décima.

—¿Cómo sabes que he visto seis? —preguntó curiosa.

—Estás saltándote la parte del divorcio de Rachel y Ross —explicó—. Cuando éramos más jóvenes me vi obligado a ver la serie contigo varias veces. ¿Recuerdas?

—¡Es verdad! De acuerdo, no llames a mamá y te lo cuento.

Se sentó a su lado en el sofá. Alex se hizo a un lado para dejarle espacio, lo que su hermano vio como un acto de buena voluntad.

—El martes me topé con Ansel y le he contado a Erik que yo soy Scarlett.

—¡Mierda! Esto es más grave de lo que había imaginado.

Alex se sentó lo bastante erguida como para poder mirarlo directamente y se dispuso a contarle lo sucedido en la editorial. Su hermano la cortó en varias ocasiones para lanzar amenazas de castración contra Ansel y alabó la actitud de Erik al defender a su hermana.

—¿Ya has hablado con tu abogado? —preguntó cuando terminó el relato.

—No tengo tan claro que vaya a denunciar. Ha pasado mucho tiempo...

—No me puedo creer que vuelvas a echarte atrás. Ese tipo es un miserable que, no contento con robarte la novela, ha tratado de usarte para darse a conocer. ¿Y tú no vas a hacer nada al respecto?

—No he decidido nada todavía.

—¿Qué dice Erik de todo esto?

—Erik no dice nada porque no he vuelto a verlo desde el martes.

Así que el estado de su hermana no era por Ansel sino por Erik. Interesante, pensó. Desde el primer momento había creído que estaban hechos el uno para el otro. De hecho, cuando conoció a Erik, mientras Alex estaba en París, había ocasiones en las que durante sus conversaciones las respuestas de Erik e incluso, a veces sus gustos, le traían a la memoria a su hermana. Si se dedicaban a lo mismo.

—¿Por qué no vas a verle? Es probable que se haya quedado un poco impactado con la noticia de que tú eres Scarlett Payne.

—¿Por qué no viene él a verme a mí? En tres días ni siquiera me ha enviado un mísero mensaje.

—Puede que esté esperando que des tú el paso. Y si me preguntas mi opinión, creo que te corresponde a ti darlo. —Se encogió de hombros—. Después de todo la que tenía un secreto eras tú.

—Lo pensaré... Pero ¿qué era lo que querías preguntarme? Al final no me lo has dicho.

Pablo decidió que su hermana no parecía tan hundida y que tal vez era un buen momento para recabar información para sí mismo.

—¿Conoces a un tal David? Amigo de Harper.

—No lo conozco, pero he oído hablar de él. Es su mejor amigo, pero vive en Sidney.

—¿Un amigo? ¿Un amigo convencional?

—Sí. Son amigos desde hace mucho tiempo.

—¿No te ha contado Harper nada interesante sobre él?

Alex miró a su hermano con curiosidad.

—¿A qué viene este repentino interés?

—No es interés, sino mera curiosidad.

—No te gustará Harper ¿o sí?

Pablo se levantó del sofá de un salto.

—¡Me voy! Estás imposible.

Capítulo 26

Pablo sentía que había fracasado. Sus dotes de investigador dejaban mucho que desear. Tras pasar casi una hora con su hermana lo único que había descubierto sobre el tal David era algo que ya suponía, que era amigo de Harper.

Pero su supuesta amistad no explicaba el modo en que ella había salido disparada de casa para ir a verle, ni tampoco que pretendiera pasar la noche con él en un hotel.

No, no podía darse por vencido tan fácilmente, se dijo.

Con esa idea al salir de casa de Alex, enfiló hacia la casa de Erik. Era primo de Harper, ¿no? Tendría que saber quién era el maldito David de Sidney.

Su amigo abrió la puerta a los pocos segundos de haber llamado.

—Hola —saludó apartándose para que entrara—. ¿Te ha pedido Alex que vengas a verme?

Pablo lo observó confuso.

—¿Por qué iba a pedirme ella que viniera a verte?

Fue Erik quien pareció confundido tras su respuesta.

—¿No has hablado con ella?

—Vengo de su casa.

—¿Entonces?

Pablo se dejó caer en el sillón de masajes de Erik.

¡Mierda! Su vida se estaba convirtiendo en un completo despropósito. Primero su hermana y ahora su amigo, ¿es que no había nadie en su vida con la cabeza bien amueblada?

—De acuerdo —aceptó—, haremos una cosa. Si tú me cuentas lo que quiero saber yo haré lo mismo contigo —ofreció.

—¿De qué va esto? —Preguntó Erik—. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, por favor.

Erik se levantó y se marchó a la cocina, de donde regresó unos minutos después con una bandeja con cerveza y unas patatas fritas.

—¿Quién es David? Y no vale que me digas que es el amigo de Harper porque eso ya lo sé.

—Es el mejor amigo de Harper. Creo que salieron juntos un verano cuando mi prima tenía unos dieciséis. ¿Te sirve?

—¿Qué más?

Erik negó con la cabeza.

—Te toca a ti compartir información. ¿Cómo está Alex?

—Hecha polvo. Creo que le gustas y se siente culpable por no haberte dicho que ella era Scarlett Payne.

El escritor trató de ocultar su sonrisa de satisfacción.

—Por si te lo preguntas David es guapo e inteligente. Es arquitecto, está allí por trabajo, pero en cuanto termine el proyecto tiene previsto que regrese.

—Alex se está planteando no demandar a Ansel. Creo que lo hace porque si lo demanda es imposible que el secreto de que ella es Scarlett no salga a la luz.

Erik gruñó.

—¿Tiene tanta importancia ese maldito secreto?

Pablo negó con la cabeza.

—Te has saltado un turno, te toca contestar no preguntar.

Erik bufó, pero hizo lo que le tocaba.

Se terminaron la cerveza charlando y compartiendo información y fueron a por otra más. Cuando ya no tuvieron más preguntas que hacerse llegó el dilema. ¿Qué hacer?

—Si tanto te preocupa que Harper pase la noche con David ve y díselo.

—No es tan fácil.

—No veo la dificultad.

—No puedo pedirle que no lo haga. Nuestra relación es falsa.

—Pero te gusta...

Pablo asintió.

—¿Lo suficiente como para hacerla real o solo para un par de citas? —Ese punto era crucial.

Si Harper solo le atraía para pasar el rato no iba a permitir que le dijera nada. Puede que su familia no quisiera saber nada de él, pero Harper era su prima, la única que todavía le reconocía y no tenía intención de dejarla colgada.

—Lo suficiente como para venir a preguntarte a ti.

Erik se relajó ante la respuesta.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no vas a decírselo antes de que sea demasiado tarde?

Pablo se puso de pie de golpe.

—¿Por qué has dicho eso? ¿Qué sabes que yo no sepa?

Sin responder le empujó por el hombro en dirección a la puerta de la calle.

—Adiós, Pablo. Coge un taxi no se te ocurra conducir —pidió muy serio—, la cerveza no es buena compañera de viaje.

—Sí, papá. —Afianzó los pies en el suelo y el ligero empujón de Erik no logró moverlo de donde estaba—. Podrías predicar con el ejemplo e ir a ver a mi hermana. A mí no me hace falta preguntarte cuánto te gusta, se te ve en la cara.

Capítulo 27

Abrazar a David después de tantos meses separados era como una dosis de vitaminas para su espíritu cansado. Su amigo había volado más de veinticuatro horas para ir a consolarla. Durante ese tiempo en que no se habían visto, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados: se había separado de Justin, había dejado Birmingham y se había enamorado de un imposible.

—¿Qué ganas tenía de verte!

—Y yo a ti también. —David la apretó más fuerte contra sí—. Aunque he de confesar que mi visita no es únicamente para consolarte... He de contarte algo.

La mente de Harper comenzó a divagar y se le ocurrieron mil posibilidades cada una más dramática que la anterior.

—¿Estás bien?

—Estoy mejor que bien. —David sonrió con la boca y los ojos y Harper se relajó—. Voy a casarme y quiero que seas mi padrino.

—¿Qué tú qué?

—He conocido a la mujer de mi vida y me gustaría que me acompañaras ese día como mi padrino.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que David pasó los dedos por sus mejillas para borrar las lágrimas.

—No llores, tonta.

—Es que estoy tan feliz por ti —gimoteó—, pero ¿cómo voy a ser tu padrino si soy una chica?

Su vida podía ser un completo desastre, pero que su mejor amigo hubiera encontrado la felicidad la llenaba de alegría y de esperanza.

David le revolvió el pelo con cariño.

—¡Fácil! Te pones un traje y listo.

—¡Hecho! Pero no pienso pintarme bigote —bromeó.

Pidieron un refrigerio de media noche y Harper bombardeó a David con preguntas sobre su novia: ¿cómo la había conocido? ¿Cómo era? ¿Cuándo iba a ser la boda? ¿La novia sabía de su existencia...?

—¿Tú qué crees? Ha sido Phoebe quien me ha animado a venir a verte para apoyarte y, de paso, contarte nuestros planes.

—No la conozco, pero ya me cae bien.

—Tengo fotos, ¿quieres verlas?

—Eso ni se pregunta.

Siguieron charlando animadamente y durante unos minutos Harper se olvidó del beso falso, de su absurdo enamoramiento y de Pablo.

Seguían de cháchara cuando llamaron a la puerta de la suite.

—¿Falta algo de lo que hemos pedido? —preguntó David mirando el carrito de comida.

—No lo sé. Espérame aquí, iré a ver.

Descalza se encaminó a la puerta y la abrió, convencida, de que era el servicio de habitaciones que había olvidado algo.

—Buenas noches —saludó Pablo.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte.

—¿Por qué? —inquirió incrédula.

—Quería verte.

—¿Has bebido?

—Un poco, así que no puedo conducir. Voy a quedarme aquí contigo y con tu amigo.

—¿Harper? ¿Va todo bien? —preguntó David saliendo del dormitorio.

Pablo alzó la mirada y la clavó en el recién llegado.

—¡Maldita sea! Es más guapo de lo que esperaba.

Harper paseó la mirada de uno a otro. Mientras Pablo parecía molesto por el aspecto de David, este sonreía divertido.

—Supongo que este es tu novio de paga —aventuró—. Os dejo para que habléis —anunció y volvió a meterse en el dormitorio.

—¿Qué relación tienes con él? —se lanzó Pablo cuando se quedaron a solas.

—Es mi mejor amigo, pero no veo por qué te puede importar.

—Eres mi novia. ¿Cómo no me va a importar?

—Novia falsa.

—Ese es el problema. Que para mí no eres una novia falsa.

—¿Disculpa?

—Me gustas.

—¡Me diste un beso de mentira! ¿Cómo puedes decir que te gusto?

Pablo la asió por los hombros y clavó los ojos en los suyos.

—¿De verdad crees que beso a todas mis compañeras como te besé a ti?

—Tú lo dijiste. Dijiste que...

—Era mentira. Lo dije porque no sabía cómo te sentías. Contigo nunca sé lo que piensas. —La soltó y se masajeó las sienes—. En ningún momento te he tratado como una novia falsa. Te obligué a que te mudaras conmigo.

—No me enseñaste tu dormitorio. Me dejaste fuera de esa parte de tu vida.

—¿Cómo?

—Pusiste una barrera, por eso creí que todo era una farsa —explicó.

—Soy daltónico, ¿recuerdas? No te dejé entrar en mi dormitorio porque no sé que hay en él. No sé de qué color son mis cosas. Las elijo porque la tela es agradable al tacto, porque me hacen sentir cómodo, pero es posible que mi dormitorio sea un maldito arcoíris.

Harper disimuló una carcajada. Parecía que lo que estaba diciendo era importante para Pablo, por lo que trató de no reír.

—Eso no me importa.

Él relajó los hombros.

—Siento haber sido un idiota con lo del beso.

—Te perdono.

Pablo arqueó una ceja.

—Pero eso no quita que no me parezca bien que pases la noche con un tipo tan guapo, por muy amigo tuyo que sea.

—Va a casarse pronto.

La noticia relajó un poco a Pablo.

—¿De verás?

Harper asintió.

—¿Sabes? Estoy pensando que por qué no me muestras la diferencia entre los besos que les das a las actrices y los que reservas solo para mí.

Pablo sonrió encantado con la propuesta.

—Me parece justo, pero empecemos por los exclusivos. —Decidió asiéndola de nuevo y pegándola a su pecho.

Sin dejar de sujetarla, agachó la cabeza con suma lentitud y pegó sus labios a los de ella con la intención de darle un beso memorable.

Capítulo 28

Erik llevaba cinco minutos en la puerta de Alex sin decidirse a llamar. Tendría que ser ella la que fuera a buscarle a él y no a la inversa, pero tras tres días en los que no había sabido nada de ella, más que a través de Harper y de Pablo, estaba más que dispuesto a ser él el primero en dar el paso.

No obstante, ahora que estaba frente a su casa no tenía muy claro qué decirle.

¿Te perdono que me hayas mentido? ¿Me gustas a pesar de todo...? ¿En qué puesto le dejaba eso?

Consciente de que quedarse allí no solucionaba nada llamó.

Casi un minuto más tarde, Alex le abrió la puerta con el pelo revuelto, como si llevara mucho tiempo tumbada. Llevaba una camiseta vieja y unas mallas de yoga. Durante unos segundos se olvidó de respirar. Estaba preciosa, desaliñada y preciosa.

—Hola —saludó—. ¿Puedo pasar?

Alex se llevó las manos al pelo y trató de planchar su camiseta con las manos.

—Sí, por supuesto.

—Gracias.

—Siéntate, por favor —pidió ella apartando los mandos del sofá y plegando la manta en la que se había envuelto.

—Gracias.

—¿Quieres un té?

Erik negó con la cabeza. Acababa de tomarse dos cervezas y no iba a decir que no a una tercera si ella se la ofrecía, pero el té no era lo que le apetecía en ese momento. Alex no mencionó cerveza y él le hizo una seña para que se sentara a su lado.

—He venido para que me lo cuentes todo.

—¿Qué parte? Ya lo sabes todo.

Se encogió de hombros.

—Ahora quiero tu versión. Empieza desde el principio.

Ella sonrió con añoranza.

—¿Desde que te dije que había soñado contigo?

—Es un muy buen comienzo —aceptó devolviéndole la sonrisa.

Alex inspiró profundamente y comenzó su relato. Le contó el motivo por el que se había mudado a París y el porqué no había denunciado a Ansel, para evitar que su nombre saliera a la luz, y cómo había tratado de decirle quién era el día que le preparó pasta. También le explicó que Pablo y Harper habían mantenido en secreto que él era E. J. Sullivan y que lo supo el día que él mismo se lo contó.

—¿De veras no te lo contaron?

—Te lo prometo. Y de verdad siento no habértelo dicho antes. De alguna manera no decírtelo se convirtió en la excusa perfecta para autoengañarme y convencerme de que me gustabas, pero que no era nada serio. Contártelo implicaba más...

—Yo también te quiero —zanjó Erik.

Alex lo miró con asombro.

—¿No te da miedo decirlo en voz alta?

Negó con la cabeza.

—Me da más miedo no decírtelo y perderte.

Alex suspiró y tomó aire lentamente hasta que llenó por completo sus pulmones. Después lo expulsó con lentitud.

—Te quiero —aceptó finalmente—. Por favor, no me traiciones.

Erik se inclinó sobre ella y le dio un suave beso en los labios.

—¡Te lo prometo!

—No dejemos que haya más secretos entre nosotros —insistió ella.

—¿Quieres que te cuente yo un secreto? —ofreció él con una mirada traviesa.

—Por supuesto que quiero.

—Tu secreto no era tan secreto. Antes de que me lo dijeras ya sospechaba que eras Scarlett Payne o que la conocías personalmente.

—¿Por qué?

—Eras muy vehemente defendiéndola.

—Podría haber sido una fan.

Negó con la cabeza.

—Eso no era una opción. No tienes alma de fan —bromeó con una sonrisa.

—¡Oye! —Protestó Alex—. Pues que sepas que soy tu fan.

Erik esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso sí que me lo creo.

—¡Creído! —pinchó ella.

Él la asió por los hombros sin hacer alusión a su comentario y la atrajo hasta su pecho. Con suavidad acarició su pelo y su mano fue vagando por su rostro hasta detenerse en sus labios.

—¿Qué me has hecho? —Preguntó cambiando los dedos por los labios—. Estoy loco por ti —anunció besándola, por fin.

El beso, potente como un estallido, empezó suave como un suspiro. Su boca se movió sobre la suya con exquisita lentitud, explorando, probando, saboreando, tentando. Fue un beso eterno que apenas duró lo que un parpadeo.

Alex entreabrió los labios, mirándolo con deseo. Erik sonrió antes de besarla una vez más... para explorar con la lengua el dulce interior de su boca. Aquello era lo que durante tanto tiempo había estado esperando y su secreto ya no se interponía entre los dos. Libres de excusas el beso fue creciendo en intensidad y ardor.

—¿Qué me estás haciendo? —susurró él regándole el cuello de besos.

Temblando, lo abrazó. Y Erik la besó ávida, desesperadamente. Se detuvo para levantarla en brazos y llevarla escaleras arriba hasta su dormitorio.

La dejó con cuidado sobre la cama y se posicionó sobre ella para desenvolver el regalo que había debajo de su ropa.

Con manos temblorosas le sacó la camiseta de los pantalones y tiró de ella para sacársela por la cabeza. Hizo lo propio con los pantalones de yoga, que dejaron al descubierto su encantadora ropa interior.

—Eres preciosa.

Ella rio.

—Tú también eres guapo. —Levantó los brazos y tiró de su ropa—. Quiero verte.

Erik se dejó hacer, permitiéndole que le quitara la ropa y ayudándola cuando esta quedó atascada.

—Tienes ventaja —la acusó—, deja que te quite lo que falta.

La besó en el vientre mientras le quitaba las braguitas e hizo lo propio con sus pechos cuando se deshizo del sujetador. Volvió a besarla hasta que rompió la magia del beso y le acarició la mejilla con los labios hasta llegar al cuello.

Marcando un ritmo lento que abrasaba a Alex de impaciencia Erik, saboreó su piel con los labios y la lengua mientras ella se arqueaba en la cama para facilitarle el acceso. Erik respondió a su gesto con un gemido gutural, profundo, que disparó la excitación de Alex a lo largo de sus venas.

Ella gritó de nuevo, cuando tiró de sus piernas para colocarla como deseaba y hundió la cabeza entre ellas dispuesto a saborear cada delicioso rincón de su cuerpo.

Alex perdió la capacidad para pensar cuando la maravillosa tortura que tenía lugar entre sus piernas la llevó a un clímax tan intenso como inesperado.

En medio de su ensoñación notó como Erik se movía en busca de sus pantalones y sacaba algo del bolsillo. Unos segundos después empujaba dentro de ella con tanto ardor que Alex estaba segura de que iba a romperse de nuevo.

El momento llegó tan rápido como había esperado y se perdió en las sensaciones...

—Sabía que encajaríamos a la perfección —susurró Erik mientras la pegaba a su costado.

—¿Te refieres al sexo? —preguntó ella adormilada.

—Entre otras cosas.

—¡Hmmm!

—Eres perfecta para mí, lo supe desde el momento en que te vi dormida en el sofá de tu hermano.

Ella sonrió sobre su piel.

—Parece que ha pasado una vida desde entonces.

—Una vida es lo que nos queda para estar juntos —le besó la mejilla, pero Alex ya estaba dormida.

Sonrió. Todos sus inicios con ella comenzaban del mismo modo, con ella

perdida en el mundo de los sueños, solo que en esta ocasión lo hacía entre sus brazos.

Epílogo

Alex estaba nerviosa. Era la primera vez en su vida que iba a asistir a una firma de libros en la que ella era la protagonista.

Durante gran parte de su carrera literaria la verdadera identidad de Scarlett Payne había sido un secreto conocido por muy poca gente, por lo que una firma de libros como la que estaba a punto de comenzar era impensable para ella.

No obstante, en dos años su vida había cambiado mucho. Desde hacia seis meses, cuando publicaron su fotografía y su biografía en su web de autora, todo el mundo sabía que Alex Blackesley era Scarlett Payne, aunque fue su matrimonio con E. J. Sullivan y el hecho de que fuera la melliza de Pablo Duarte lo que más impactó a sus lectores.

Contar quien era en realidad se volvió una necesidad en cuanto se casó con Erik. Verle dar conferencias e interactuar con sus lectores despertó sus ganas de vivir la misma experiencia y, tras hablarlo con su editora y con el propio Erik, habían decidido que la noticia, en lugar de ocasionarles problemas podía aumentar su popularidad.

Después de todo, incluso la sabiduría popular hacía hincapié en la pequeña distancia que separa el odio del amor.

—Estás preciosa. —La animó Erik—. Todo va a salir bien, no estés nerviosa.

—Eso es fácil decirlo. ¿Has visto cuánta gente hay?

Las dos cabezas se asomaron por entremedias de la estantería para ver a los asistentes.

La firma de libros iba a tener lugar en la tercera planta de la librería favorita de Alex, lo que todavía lo hacía todo más emocionante.

—¿Y qué esperabas? Han venido a ver a mi querida esposa —bromeó Erik dándole un beso rápido en los labios.

Gia estaba hablando en ese momento, presentándola, y Alex se concentró en lo que decía, dispuesta a entrar en cuanto le diera paso.

—Te quiero —se despidió Erik para ir a sentarse junto a sus padres, que habían venido desde Birmingham, junto a sus suegros, su cuñado y la prometida de este, que casualmente era su prima.

—Y yo a ti.

—Y hoy por primera vez contamos con la presencia de Scarlett Payne, quien nos hablará de su última novela: *Sangre y metralla*, y firmará sus ejemplares. Por favor, démosle una cálida bienvenida...

Era el momento de entrar, se dijo Alex. Hizo una respiración profunda, retuvo el aire unos segundos y lo soltó con suavidad. Después esbozó una sonrisa y se dispuso a conocer a sus fieles lectores y dejar que ellos la conocieran también.

Fin.

Sobre la autora

Olga Salar. Nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado* (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la biología juvenil *Lazos Inmortales* (Amazon). En este mismo género acaba de publicar *Cómo sobrevivir al amor* (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de *Quédate esta noche* (Amazon), *Íntimos Enemigos* (Versátil), *Una cita Pendiente* (Versátil), *Una noche bajo el cielo* (Amazon), *Jimena no deshoja margaritas* (Versátil), *Solo un deseo* (Zafiro. Planeta), *Di que sí, con la que fue* mención especial en el II Premio HQÑ Digital; *He soñado contigo* (Versátil), *Romance a la carta* (Versátil) *Un beso arriesgado* (HQÑ) e *Igual te echo de menos que de más* (Amazon), *Kilo y $\frac{3}{4}$ de amor* (Amazon), *Deletréame Te Quiero* (HQÑ), *Contigo lo quiero todo* (HQÑ), *Duelo de voluntades* (HQÑ), *El corazón de una dama* (HQÑ), *La serie Nobles* (Amazon) y *Te dije que no la tocaras más* (Amazon).

[Para conocer todas sus obras, pincha aquí](#)

Otras obras de la autora



Que la vida no dé tantas vueltas que me mareo.

La vida de Lorena es una montaña rusa de emociones que nada tienen que ver con su trabajo como abogada en un conocido bufete, sino con esa

tendencia suya a hacer las cosas sin pensar.

Por ese motivo, los desastres se le pegan como el metal al imán: atraídos sin remedio. El último al que se ha visto arrastrada le ha llevado hasta un policía sexy empeñado en ser su novio.

¿Podrá Lorena resistirse o, como el imán, estará destinada a pegarse a él para siempre?



Te dije que no la tocaras más.

La vida de Darcy Lauren da un giro de ciento ochenta grados el día que toma la decisión de divorciarse. A pesar de tener las cosas claras y de la rapidez con la que retoma su vida, su capacidad para crear historias de amor se ve mermada por ese desengaño que le ha roto el corazón.

Buscando reencontrarse con las musas, se esconde en el pequeño pueblo de Irlanda de donde procede su familia y se topa con que las traviesas divinidades, en un intento por restituir su inspiración, le han enviado a la única persona que puede devolvérsela.



Igual te echo de menos que de más

Cuando Olimpia se da de bruces con su pasado, presiente que sus problemas no han hecho más que empezar. Allí estaba él, mirándola fijamente con sus ojos negros, sin previo aviso y más atractivo todavía de lo que recordaba. Y Olimpia que creía que lo había superado...

Como ella es una optometrista de lo más profesional, está dispuesta a probarse todas y cada una de las lentes correctoras que ha ido acumulando a lo largo de los años: las de los “sueños rotos”, las de la “venganza”, las de la “solitaria estabilidad” y las de “la ilusión”. Pero no se decide a probar esas que llevan por marca “Dale Otra Oportunidad”.

Menos mal que en esta montaña rusa que es la vida estará acompañada por sus estupendos jefes, Gerardo y Arturo, parientes de “su pasado”, su inseparable amiga Lola, quien sufre el ataque de las malditas hormonas, y su hermano Nico, un Dj enemigo de la pena que está deseando poner ritmo a la banda sonora de su futuro.

[1] Fallin' All In You, Shawn Mendes

[2] Señorita de Shawn Mendes feat Camila Cabello.